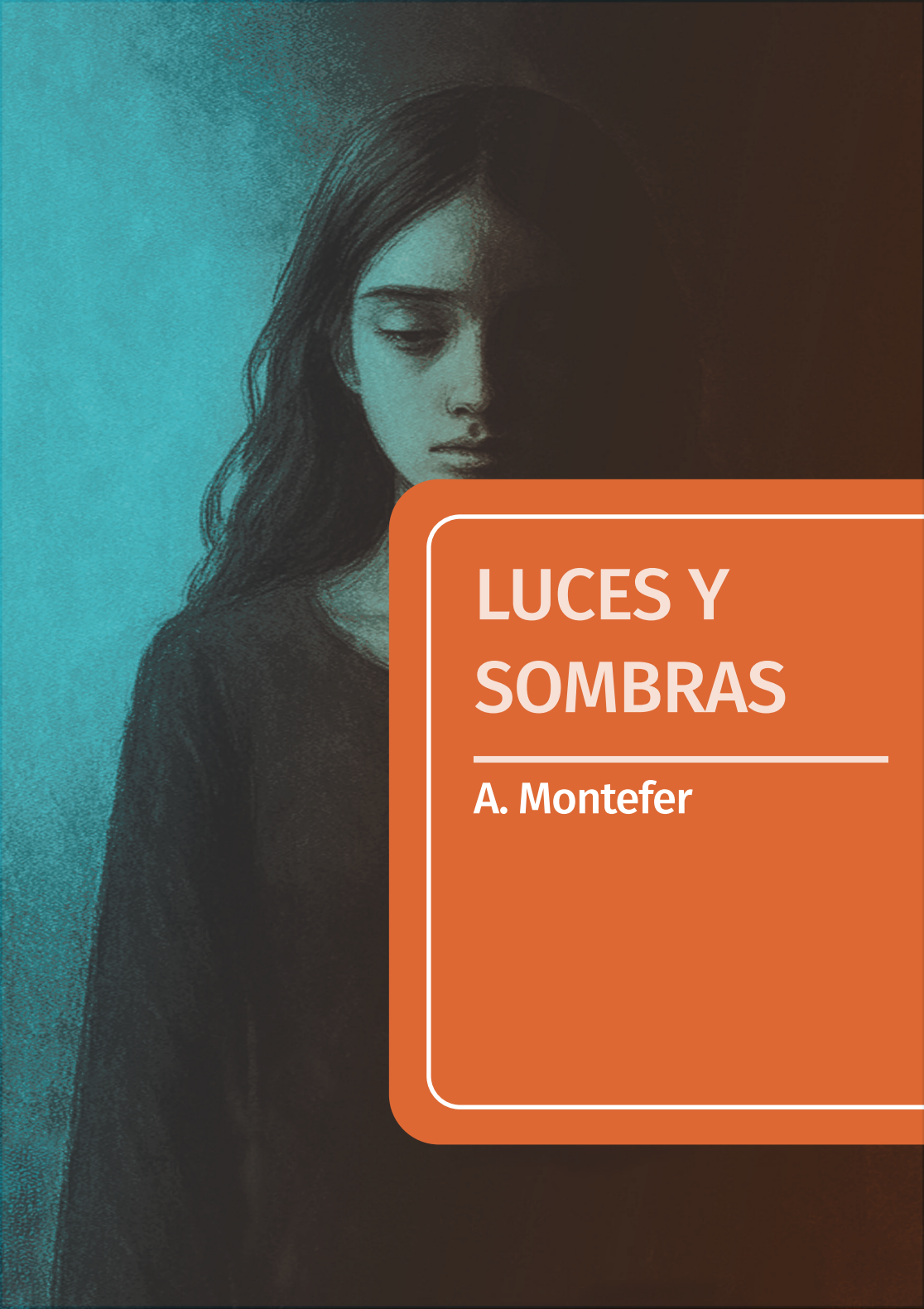




LUCES Y SOMBRAS

A. Montefer

Dedicado a mis lectores/as...

Por sufrir de mis versos su incremento
y leer pacientes tanta mediocridad,
dedico el libro como monumento,
hasta el hartazgo, sin mucha claridad.

Perdón por mi pobre espiritualidad
y por someteros a este tormento.

Siempre recordando a mi FAMILIA.

LUCES Y SOMBRAS

**(Algunos pensamientos,
como aperitivo de lo que va a leer)**

*Una ausencia consciente es un insulto,
una inconsciente es un olvido.*

*No existe mayor crítica que la de aceptarse
a uno mismo.*

*La fama es como el adulterio, si se hace
público. Sólo los mediocres buscan la fama.*

El mejor libro de lectura es la vida.

*En un mundo de móviles y postureo,
donde sólo existe prisa, ego y falso placer,
donde manda y triunfa el filtro y el vídeo feo,
no encuentro wifi
donde un poeta pueda nacer.*

*Ángel Fernández Montero
(A. Montefer)*

ODA A LAS LUCES Y LAS SOMBRAS

¡Oh luces altaneras, ciegos soles!,
herederas del trueno y relámpago,
que os giráis como los girasoles;
soberbio ojo vigilante y vástago,
que da al mundo fulgor y desatino
con vana fe de orfebre peregrino.

Vestís de oro los vicios y los roles.
¿No sabéis que la verdad se esconde
bajo un manto de penumbra en crisoles?
¿Qué verdad buscáis si no os responde?
¿Qué sabéis del misterio que condena
la claridad que miente y que envenena?

Burlonas de la forma y del contorno,
brilláis con un brillo de artificio.
Sois como razón disuelta en su entorno,
modesta sombra sin ningún oficio,
perfume de culpa que se disuelve
y ríe del candil que la devuelve.

Siempre a los pies de todo lo que existe,
con humildad hasta alcanzar sus bordes,
en fingido funeral que aún persiste
y elegancia teatral en sus acordes.
Hundidas en ocultos pensamientos,
recogéis su temblor y sus sustentos.

En la mágica comedia del mundo,
sois una diosa que alumbra el sentido.
Sombras, maestras del callar más profundo,
muda ironía en rincón consentido.
Vosotras sois la escuela del sosiego
que quiso incendiar el día con fuego.

En vuestro reino muere el necio mundo
quemándose en su ironía sin labios.
Sois mágico trajín de vagabundo
que dice en un rincón consejos sabios:
¡Qué dulce es ignorar cuando la mente
se aleja de su noche lentamente!

Mas todo es comedia y sonrisa oscura,
jugando a eternizar su breve guerra;
la una, predica fe, la otra, censura,
y ambas se disputan la misma tierra.
¡Qué vanidad la de iluminar todo;
qué delicia oscurecer su acomodo!

Somos como lámparas asustadas
luciendo intensos antes de fundirnos
en danza eterna de luces usadas,
que, al cesar, en abismo nos hundimos.
¡Gran teatro, lugar donde el ser humano
se quema por brillar un rato en vano!

Aun así, cuando la noche bosteza
y el medroso sol se esconde entre cerros,
borracho de sí mismo y su grandeza,
las sombras abandonan sus destierros,

desperezan con una carcajada,
y susurran su contricción ajada.

Al fin, ni luz ni sombra son victoria:
la una, promete, la otra, desengaña.
La luz inventa el mito de la gloria;
la sombra cura el mal con su guadaña.
Y yo, que os canto, sé, por ironía,
que el brillo y la tiniebla son poesía.

¡Oh luces!, tan puras en apariencia,
tan buenas vendedoras de consuelo.
¡Oh sombras!, con mentirosa demencia,
cómodas en su duda y desconsuelo,
tan irresistibles en el engaño,
donde el bien o el mal son como un extraño.

En la vida sólo hay luces y sombras,
unas veces alegres, otras tristes;
efímera cabalgata que nombras,
sazonada con aburridos chistes.
En la luz, alegría y mendicidad;
en la sombra, su triste mediocridad.

¿Dormir en el lado oscuro del alma,
donde la luz no llega pero sueña,
o en lo brillante que nos quema y calma
aunque, sin sentir, del alma se adueña?
Que las luces y sombras me perdonen,
mas ninguna de las dos me coronen.

BALADA DEL SOLDADO PERDIDO EN LA NIEVE

**(En recuerdo de los ucranianos asesinados
por los rusos)**

Sobre la nevada estepa,
cerca de un bosque arruinado,
de pinos, robles y abetos,
que la nieve no ha cuajado,
se hunden profundas las botas
del hombre que huye asustado,
dejando un rastro muy claro
para quien sigue inmediato;
pelotón en persecución
con jauría de la mano.

Por esta llanura helada
va solo Iván Doróshenko,
soldado de rostro joven
con uniforme deshecho;
recorre la estepa helada
solo, roto y sin sendero,
con la luna en la guerrera
y el temblor de un matadero,
pues balas cruzan la noche
cual luciérnagas de infierno.

“Nieve, cúbreme los pasos,
no delates mi sendero,
porque los que me persiguen
clavarán en mí su acero”.

Murmura contra la luna,
que lo sigue como un perro.
Y esta, con su luz de candil,
le marca un sendero viejo,
que el pérfido viento borra
con su látigo de invierno.

Cruje el bosque bajo el paso
que le marca un hado ciego,
y entre pinos, como lobos,
van buscándolo con fuego.
Nieve arriba, nieve abajo,
su pulso late en silencio
y apaga el rumor de perros,
bronco bramido certero,
con botas y cartucheras
en un rápido trasiego.

Por las radios y ladridos,
los oye en su seguimiento;
lo buscan entre los pinos
como se busca un lucero.
“¿Quién anda por estos lares?”,
grita el viento ceniciento.
“Un hijo de noche errante
que ya no halla su deseo.
Que nadie siga mi rastro,
ni me borre el pensamiento”.

Pero el bosque abre sus fauces
y lo traga con estruendo.
“¿Quién va?”, pregunta la noche,

cargada de frío y duelo.
“Un hijo sin rumbo fijo,
perdido en mitad del hielo.
Que nadie me corte el paso
ni quiebre mi último sueño”,
responde. Y la nieve cruje
bajo su andar de destierro.

Por detrás vienen los rusos,
duros jinetes del hielo,
y en sus radios dan su nombre
como un presagio sin dueño.
“¡Alto ahí!”, ruge la nevada,
“¡que tu sangre pide un ruego!”,
y los pinos, enlutados,
se inclinan sobre su miedo.
De sus ramas cae nieve
como firma de este acuerdo.

“¿Quién eres tú, caminante,
con la luna en el cabello?”,
le pregunta un viejo abeto
que cruje con desespero.
“Soy hijo de tierras rotas,
soy un sueño prisionero.
Que nadie me robe el alma
ni me apague el pensamiento”,
contesta Iván sin aliento
por su congelado infierno.

Los rusos avanzan duros,
con su mirada de acero,

y en sus radios van citando
un nombre que nunca es cierto.
La nevada se estremece
si escucha su leve aliento,
y el soldado, entre silencios,
huye como un ciervo tierno.
Descansa tras los abetos
y resopla con reniego.

Mas las armas en la sombra
ya cercan el sufrimiento.
Soldados que avanzan fieros,
como un muro sin reflejo,
vociferando su nombre,
que nunca gritan entero.
Y, en la blancura nevada,
se estrecha su cautiverio
con el blanco cielo arriba
y su sombra en desconsuelo.

Ya resuena la jauría
y retumba el firmamento.
Surgen sombras con fusiles,
como lobos en acecho.
“¡Detente, ucraniano errante!
Fuiste visto en el barbecho”,
dice un sargento de rostro
afilado como un hierro.
Iván corre. Saltan luces.
La luna tiembla en el cielo.

“¡Ayúdame, madre nieve,
que me pisan el aliento!”,
grita al viento; mas el viento
sólo escupe su lamento.
“¡Ayúdame, madre patria,
que si no paro reviento,
y al hacerlo me alcanzarán,
dejando mi cuerpo al viento!”,
le grita Iván Doróshenko,
más nadie escucha el lamento.

La camada de los perros,
en la explanada de un claro,
alcanza la ansiada presa
sin una sombra de amparo.
Los perros pronto han llegado,
pelean, muerden con celo,
gruñen, luchan y dan saltos;
se acabó Iván Doróshenko,
no puede seguir corriendo,
pues su cuerpo ya es señuelo.

No han servido sus desvelos,
perseguido como un ciervo.
Los soldados lo recercan
con rostros llenos de miedo.
“¡Mucha guerra nos has dado!
¡Se acabó huir, ucraniano!
La madre Rusia reclama
ese cuerpo de soldado
y, aunque hayas luchado bravo,
en nada nos has durado”.

Con sus voces de otro idioma,
apartan aquel revuelo;
se ríen de sus mordiscos
y sus gemidos de duelo.
Golpean con sus culatas,
como en un alfiletero,
hasta que se cae al suelo
y allí lo dejan tendido,
a patadas con sus botas;
¡baño de sangre enemigo!

Lo han atrapado en un claro
donde calla hasta el silencio.
Tranquilos, charlan entre ellos,
aguardando esté repuesto,
mientras le amarran los brazos
para que quede en el suelo.
“¿Por qué corres como un siervo
que presiente pronto entierro?,
¿Por qué corres, ucraniano,
si el hielo iguala lo incierto?”.

Le pregunta un cabo oscuro,
mientras lo amarra en un vuelo.
Y, al decirlo, baja el rostro
como se baja un recuerdo.
Y el ucraniano murmura,
ahogado en desconsuelo:
“Corro porque tengo patria
y un hogar pequeño y tierno;
corro porque aún soy soldado,
no ceniza del invierno”.

Lo represan en un claro
sin latido ni lucero;
y rodean agresivos,
entre abetos sin lamento.
Él observa al horizonte
como quien mira un regreso.
No pide perdón ni tregua,
ni implora ningún consuelo;
sólo aprieta entre sus dedos
un medallón casi tierno.

Lo levantan. Camina hosco.
Cruje el hielo bajo el peso.
Con caladas bayonetas,
semejantes a un cuchillo,
lo empujan para el regreso
cantando como un cuclillo.
Lo llevan entre dos sombras
por los senderos del viento,
rumbo a la base perdida,
anotada en mapa nuevo.

Lo conducen sin palabra,
entre trochas y el sendero
“¿A dónde vais?”, pregunta Iván.
“A un lugar sin ningún eco,
donde el juez será la escarcha
y el verdugo es el secreto”.
Lo llevan por los barrancos,
lo llevan sin un lucero,
rumbo a la base perdida,
que es su campamento nuevo.

Sus botas suenan a púas
clavadas en el invierno,
y el medallón que él aprieta
brilla en un instante eterno.
Huele el aire a hierro viejo.
La noche ilumina un muro,
que entre tanta ruina se alza
con colmillos de misterio
y las llamas de una hoguera
que representan su imperio.

Iván mira a las estrellas,
sus hermanas del Loreto,
las mismas que vio en su aldea
cuando aún jugaba en el cielo.
Mientras, lo observan los demás,
tiritando sobre el hielo,
junto a sus viejos cuchillos,
con miradas de asesinos;
y beben vodka con gozo,
para ahuyentar su destino.

En la división callada
apenas vibra un murmullo.
La noche, turbia de pena,
se encoge como un conjuro.
Iván, firme entre los guardias,
mira el cielo sin orgullo,
hacia las altas estrellas,
que vio de niño en su pueblo,
con un suspiro contrito
que retiene con esfuerzo.

En la base, el aire muerde
como lobo hambriento y ciego.
A las doce de la noche
lo sacan del calabozo,
mientras se junta el pelotón
con la tristeza de un pozo.
No tiembla su voz al salir,
ni su sombra, ni su pulso.
Sólo un suspiro de invierno
le recorre el pecho, oscuro.

A Iván lo ponen enfrente,
y un capitán muy pálido,
inmóvil como una estatua,
escupe al suelo sin ruido,
lo observa sin titubeos,
y pregunta sin rodeo:
“¿Algo que decir, muchacho,
antes del último trecho?”.
Iván mira a las estrellas,
que arden frías en lo eterno.

“Sólo digo que algún día
quedará mi nombre entero
en las manos de un hermano
que me lllore en otro pueblo”.
“Calla ya —dice el capitán—,
que la noche pide fuego”.
Y alza el brazo sin temblarle
ni un hueso del esqueleto.
Muestra el revólver en lo alto
en un pulso prisionero.

Sólo su sudor le cae
por los párpados, muy lento.
Marca, agitando la mano,
duro gesto sin empeño,
y el silencio abre sus alas
antes de sonar el trueno.
Cuando estalla la descarga
no habla nadie del suceso;
sólo un pino en su lamento
los desgarran en el proceso.

Cuando suena la descarga
no hay ni gloria ni tumulto;
sólo un temblor en árboles
y un eco leve, difuso.
Los disparos son un trueno
con sabor a hierro enfermo,
Cae Iván sobre la nieve,
cae leve, cae quieto,
y la aurora, al verlo, hunde
tibia lágrima en secreto.

Se derrumba el cuerpo muerto
sobre la nieve del mundo;
y, al tocar tierra su cuerpo,
la aurora enciende un susurro,
pero guarda su silencio
mientras enrojece un surco.
A las doce de la noche,
expiró Iván Doróshenko.
A las doce de la noche,
fusilaron sin lamento.

Y así nació su leyenda,
para vergüenza del ruso;
fusilaron al patriota,
mas no mataron su pulso.
De noche, la nieve llora
por la muerte de un soldado.
Cuentan que, en noches heladas,
desde que aquel joven murió,
va un militar por el cerro
y que guía a los sin ruego.

Dicen que, entre los abetos,
pasa un joven etéreo;
que su paso no hace huellas;
que al perdido da consejo;
y en su medallón resuena
un hogar pequeño y bueno.
En su pecho arde un destello,
tenue faro en el desierto,
y en su medallón reluce
la luz de un patriota muerto.

Hablan que, en noches de escarcha,
sobre el campo blanco y mudo,
pasa un joven por la nieve
con paso leve y seguro.
Dicen que guía a perdidos
que andan sin patria ni rumbo,
y que en su medallón brilla
un hogar pequeño y puro.
Y, al acercarse la muerte,
al muerto saca de apuro.

ESCALADA Y VIDA

La roca muerde la piel con su frío;
a cada paso, el miedo es desafío,
con un latido desbocado, impío,
que en mi espalda se hace un escalofrío.

Nieve traicionera cruje y quiebra el sol.
La espesa niebla apenas permite ver.
Un error, y el abismo me dirá “ven”.
Aprieto dientes y mantengo el control.

El viento me grita y mi cuerda oscila;
cometer un error cobra conciencia,
sólo será un segundo de demencia
y encontraré a la muerte que vigila.

La cordada se tensa por la arista,
crujen los crampones mordiendo el glaciar,
el piolet rebusca, duda antes de anclar,
y el miedo reza al filo de la vista.

Ciega, la mano intenta asir la arista;
el hielo resbala bajo el crampón fiel;
mi piolet protesta al clavarse en su piel,
cuando el viento escupe muerte imprevista.

Salta un seguro, la cuerda se alista,
grita el mosquetón, cede el anclaje cruel
y yo caigo un metro eterno hacia el laurel
del negro abismo que todo conquista.

Un cierre grita, salta de la arista;
la cordada vibra como un animal;
cae una piedra; truenan el pedestal;
el pulso estalla y la razón se enquistas.

Caigo en un segundo eterno para mí,
mas una mano me agarra y renazco.
Mientras la nieve me cae en chubasco,
me sostiene y otros tiran hacia sí.

“¡Bloquea!”, gritan. Y el nudo resiste,
el hielo se rompe y cae en manantial.
Clavo acero a pulso, en gesto visceral,
en fisura que ruge mas resiste.

Mi vida cuelga de lo que no existe:
un gesto mínimo, un nudo y voluntad.
El pitón clavado da tranquilidad;
tiro fuerte del mosquete y resiste.

El viento arranca juramentos viejos,
la nieve ciega, quiebra nuestra moral;
y aunque ya veamos tan cerca el final,
cualquier paso en falso quiebra reflejos.

En fisura clavo otro acero vital,
la vida pende de nudos complejos,
cordadas y mosquetones parejos,
que sujetan vida, futuro y umbral.

Al fin la cumbre arde con luz herida.
No es la montaña, es todo lo vivido;

cada objetivo exige ser vencido,
como esta lucha vertical sentida.

Veo la cumbre, no grita victoria,
calla, como calla todo lo esencial,
y comprendo entonces la verdad brutal
que escribe en la altura, carne y memoria.

Y al conseguir culminarla, me nombra,
grita sentencias, sudor y vértigo;
así la vida nos prueba y asombra.
¡Sólo asciende quien persiguió un rédito!

Porque escalar no es sólo la subida:
es aceptar ese riesgo asumido,
caer, dudar, seguir y haber creído
que ser es llegar sin soltar la vida.

Vivir no es cima ni gloria ilusoria:
es ir atado, caer y continuar;
saber que el miedo no es ninguna señal
de rendición, sino de trayectoria.

ORACIÓN DE UN GAZATÍ

Un muchacho mira al cielo
y pronuncia su desvelo:
Alá es grande y aún sigo en pie,
aunque todo diga “¡No sé!”.

Padre mío, yo respiro,
aunque no haya ni un suspiro.
Yo me quedo, es mi destino,
por mi nombre, por mi sino.

Aguanto y me quedo, no huyo;
yo defiando lo que arguyo.
Soy un hombre, no soy ciego,
tengo lágrimas y fuego.

Soy un grito, soy un hilo,
soy la sangre que no olvido.
Si me buscan, aquí estoy,
con mis huesos y mi hoy.

Si me buscan, aquí estoy,
con la sangre que yo doy,
con la tierra entre los dedos,
olvidando mis recuerdos.

LLANTO EN LA FRANJA DE GAZA

La franja de Gaza tiembla;
gime el viento, grita y vela.
La luna, con ojos rojos,
llora y se postra de hinojos.

En la franja se abre el alba,
que se desboca en la calma.
Pasa un tanque, corta agalla,
ruge a un cielo que calla.

Se alza el polvo en noche rota,
cruje el suelo, arde la boca,
y en el alba desvaría
con gente que huye en la vía.

Los tejados se deshacen
y las noches se estremecen,
como harina en mano ajena,
bajo un trueno que no truena.

En sombras sobre la casa,
un misil abre la panza
que la noche descalabra
y deshace la palabra.

Pronto se olfatean humos;
se quema el barrio en sus ojos,

la ceniza hace su cama
y la angustia abre la casa.

La pared que vuelve a crujiir,
gente que intenta resistir,
y el polvo sube en bermellón,
rojo como su corazón,

“¿Por qué esos nos quieren matar?
Creo que algo nos va a pasar
y aún no ha regresado padre”,
pregunta un niño a su madre.

Pero ella no le responde;
reza con temor, que esconde
con sus rezos en un rincón.
Mas él, prosigue machacón:

“Madre, quítame este temor,
que algo detenga este horror
y no se nos caiga el cielo.
¡Bésame y borra mi miedo!”.

“Hijo, nada detendrá el horror.
Tu eres mi fuerza y mi temor;
mas puedo abrazar tu temblor
y así calmar ese terror”.

“¡Madre, madre!, ¿qué resuena
dejando un abismo en pena?
¿Qué cae y atruena el aire?”,
insiste viendo el desastre.

“Es el mundo que no entiende,
porque, si no se defiende
que aquí estamos y vivimos,
ellos dirán que nos fuimos”.

Una niña empieza a llorar,
su llanto intenta germinar;
la sangre cae en medallón,
y queda muda su canción.

Un niño llora en la jara,
golpea el polvo su cara.
Un hombre trae al pequeño
y la sangre hace su nana.

Una mujer quiere rezar,
su voz no sabe respirar;
el viento corta la oración;
noche se hunde en su renglón.

Con heridas que dan pena
va un chiquillo en carne ajena;
sangrante surge entre ruinas,
con olor a chamusquinas.

Quien lo carga tiembla entero
con unos brazos de acero,
pero avanza porque es fuego
mientras va gritando un ruego:

“Abran paso, que se apaga...
—dice en voz que nunca calla—.

Déjenme abierto un camino”.
Y se retiran sin tino.

Una hilera abre camino
con un rezo en torbellino,
y se aparta muy deprisa,
con la mirada sumisa.

Nuevo grito en un desbroce
y otro chiquillo va en brazos
de un hombre que no conoce,
pero aprieta como lazos.

“Déjenme pasar, hermanos,
con estos restos humanos;
la criatura se desmaya,
porque su sangre ya no haya”.

Los chiquillos se desangran
con mutilaciones que hablan;
necesitan cirujanos
en unos intentos vanos.

Los misiles no respetan
si su muerte la decretan,
para niños y mujeres,
quienes tienen los poderes.

Las madres van a deshojar
sus nombres, rotos al llorar;
la fe se hunde en cada balcón,
y la voz se ahoga en su tensión.

La madre intenta amamantar,
sus manos tiemblan sin parar;
la leche muere en su rincón;
la boca tiembla en su aflicción.

Su leche ya no regresa;
la garganta es pura yesca.
Una madre aprieta al crío:
“Ten mi pecho, aunque esté frío”.

“Se que mi teta está hueca
y mi garganta reseca;
sólo te ofrezco caricias
para ocultar las malicias”.

“Hijo mío, no aborrezcas,
aunque mamar apetezcas.
Ya sé que el hambre parece
como un ala que oscurece”.

“Perdona que te retenga;
yo te abrazo, aunque no tenga
ni una gota en este pecho,
ni migajas bajo techo”.

Todas buscan el latido,
ponen manos en el nido.
Mas su lactancia no acampa
en los pechos con su trampa.

“Perdóname, luz pequeña;
yo te abrazo y no te llena,

porque tengo la ubre seca
por culpa de quien nos quema”.

Las madres secan sus pechos;
no queda leche ni techos;
los seca el tiempo y la taja,
los regueros y agua mala.

“Hija, mírame, respira,
mira el pan que no se estira.
Pero el hambre, fiera muda,
abre grietas y no ayuda”.

La calle, en sangrienta herida,
polvorienta, rota y fría,
sangra piedra, grieta y vida,
en conciencia derretida.

El silencio es un cuchillo,
corta el aire sin un brillo,
muerde estruendo que lo hiere,
y el suelo tiembla y no muere.

A lo lejos cruje un muro,
sube un velo gris y duro
y una casa se derrumba,
que lo envuelve todo en bruma.

Una pared cae en frío,
demostrando el desvarío
de matar por un enclave,
por un polvo denso y grave.

Los edificios, al pasar,
parecen barcos sin anclar;
se quiebran todos al ciclón,
rotos por tanta maldición.

Las construcciones se pliegan,
como sombras que se aquietan.
Se despelleja la ciudad,
se queda sola sin piedad.

En techos hechos de pliego,
viven sombras con gran riesgo.
Asentamientos que esperan
y con guadaña cercenan.

Entre lonas remendadas,
la noche junta a la gente
y un silencio, casi inhumano,
muerde el alma lentamente.

En campamentos sin agua,
la esperanza gira en nada
y las madres, casi sombras,
rezan huecos donde nombras.

En los refugios sin agua,
las mujeres, sin enagua,
se acarician las costillas,
mientras rezan de rodillas.

Las tiendas pronto se agrietan
y la lluvia desintegran.

Se empujan por un pedazo,
desgarran por un cedazo.

La gente corre sin pensar,
las lonas quieren abrazar;
el aire rompe su estación
y el miedo juega a su elección.

La sed se quiere desatar,
la mano busca sin hallar;
la fuente muere en su rincón,
no deja paso a la ración.

El pan provoca peleas
para sacarlo en bateas;
se rompen brazos en su acción;
se hiere el alma en su tensión.

No llega sangre a las venas,
ni a la boca, salvo penas.
Todos dicen en voz baja
nombres rotos de su casa.

Una madre hace una caja.
En silencio, con borraja,
ella reza una plegaria,
que se pierde en la distancia.

“Alá, ábrenos tu regazo,
no nos sueltes de tu abrazo
en este difícil paso,
cuando llegue nuestro ocaso”.

Otras alzan rogatorias,
mientras buscan ambulancias,
o carretas y otras cosas,
con sus voces lastimosas.

“Alá, escucha la súplica
y danos muerte súbita;
no una vida quebradiza,
que entre escombros rivaliza”.

La franja empieza a murmurar,
ninguna herida quiere hablar;
la tierra guarda su razón,
conserva fuego en su prisión.

Voces que oran en la mesa,
como un río que no cesa:
“¡Oh Alá, que mis hijos crezcan;
no permitas que fallezcan!”.

Voces rezan en la noche,
como salmos en derroche:
“Oh Señor, protege vidas
que en la arena van perdidas”.

La noche pierde su calma,
la metralla toca el alma.
Se escucha el hueso que cruje,
se oye el techo sin empuje.

Esta matanza sin razón
devora luz y corazón,

destruye familia y pueblo,
pues nada crece en su suelo.

Se arrastra el carro del miedo,
que se pierde en el enredo.
Las personas piden que alguien
ponga en su sitio a cada quién.

Esta hambruna es tan avara
que todos sufren su tara.
La ciudad tiene heridas,
llagas que quedan asidas.

Y, cuando llega el reparto,
la pelea se hace parto
y parte el hambre en dos partes:
comer, o ser los descartes.

Hay discusiones por agua
y medicinas en ascua;
se empujan manos urgentes,
que rompen hasta los dientes.

Todos luchan por un frasco,
por un sorbo casi escaso;
se entrechocan como espinas
que disputan migas finas.

Una anciana grita al cielo:
“¿Dónde están los que prometen?
¿Dónde queda la palabra
cuando el hambre nos sostiene?”.

Y un sobrino le responde
con los ojos encendidos:
“Tía, no somos fantasmas,
pero el mundo nos olvida”.

“¿Dónde están los que prometen?”,
grita un alma que no duerme.
“Tía, somos carne viva,
mas el mundo nos esquivo”.

“Yo no duermo, tengo miedo
de que apaguen lo que quedo
y me dejen en el suelo”,
dice un niño sin consuelo.

Y su hermana lo consuela:
“Sueña y que nada te duela.
Duerme, hermano, yo te guardo,
soy tu muro, tu regazo”.

Pero un trueno de metralla
parte en dos la noche mala;
todos corren, todos tiemblan,
todos gritan, todos velan.

Con estruendos inhumanos
se quiebra la luz de hermanos
y un murmullo abre las manos
con rezos de los ancianos.

La muerte acecha al caminar,
la sombra vuelve a proclamar;

la luna observa su función,
sin comprender la destrucción.

Y el miedo se vuelve a adueñar,
la llama quiere retoñar,
y, aunque retumbe la tensión,
se alza la voz y es rebelión.

Cae el polvo, como nieve,
sobre el pecho que se mueve;
y el campamento resiste,
aunque el miedo lo desviste.

Se multiplican las sombras
que sostienen las palabras.
Llegan los niños como himnos,
hambrientos, solos e indignos.

Se estrechan como unas ramas
cuerpos que no se desgajan.
Muere en la garganta el grito
convertido en voz de nana.

La gente cae en la arena,
la arena guarda la fama.
Se escribe el nombre en el polvo,
se borra en la boca amarga.

Hay un gato entre las ruinas,
que duerme sobre las briznas.
Se cubre con una lona,
lona que alguien abandona.

Mas la franja no se quiebra,
se quiebra el mundo y la piedra.
La vida es como una llama;
la vida aguanta su drama.

Todo huele a funeraria,
a vida deficitaria.
Los rezos ruedan por calles
y se hartan de sus detalles.

En el humo una plegaria
se convierte en temeraria,
pero consuela, aunque coarta,
se queda allí y no se aparta.

Pero el pueblo se levanta;
todo arde y el alma aguanta;
y, aunque sienta la metralla,
la necesidad estalla.

“¡Ay, Gaza! —dice la arena
sin sentir ninguna pena—.
La llama forma una madre
y el fuego forma a un padre”.

En la franja, luz pequeña
se levanta cuando sueña:
es un faro sin consuelo,
pero firme contra el duelo.

Y, entre ruinas, rezos, luchas,
hambre, polvo y noches densas,

se alza el alma que no pesa
como antorcha que no cesa.

“Somos vida, somos fuerza,
somos grito que resuena.
Somos vida que se aferra,
aunque tiemble larga guerra”.

Así hablan los que resisten,
porque en la franja residen,
como lirios entre espinas,
como antorchas de resinas.

Así resuenan las voces
en las noches más atroces.
Gente humilde que resiste,
que se inclina, pero existe.

PARTIDA DE AJEDREZ MALDITA

(En serventesios, cuartetos y pareados)

Una noche, a mi umbral llegó la Muerte,
entre las sombras, grave y sin engaño;
me dijo con voz queda: “Llegó tu año,
mañana al alba sellaré tu suerte”.

Yo, que del juego soy fiel penitente,
le hablé con voz temblante de tristeza:
“Si tienes interés, juega una pieza,
mas pon en juego tu alma y yo mi muerte”.

“El ajedrez es juego que domino;
si quieres, juguemos una partida;
en la balanza dejaré mi sino,
y tú esa guadaña tan fementida”.

“Durante la partida, seguiré vivo,
sin que tu guadaña me pueda llevar,
pues, al jugar, mi vida has de conservar
y, aunque dure, no seré tu cautivo”.

“Mas, si al concluir, tu reinado ya es mío,
tú respetarás mi vida un año más,
y, si no, cumplirás a tu albedrío
sentencia convenida con satanás”.

Se rió la Parca, altiva y arrogante,
con gesto que heló mi sangre al instante.
Dijo: “Juguemos, ¡sí!, serás primero,
te cedo blancas, yo seré el acero”.

“Pues, bien dices, el luto es lo que me va.
Tú, las blancas, con fingida pureza;
yo, las que al infortunio te llevarán,
y así enfrentaremos nuestra destreza”.

De la nada sacó el tablero oscuro;
de ébano y hueso eran sus soldados;

sus ojos, dos abismos sepultados;
su aliento, un soplo fétido e impuro.

Jugamos, mas ¡qué noche tan eterna!
Las horas se arrastraban sin frontera;
movía yo un peón con mano fiera
y ella alteraba el orden muy serena.

Tan subrepticia, artera y traicionera,
que, sin disimular sus movimientos,
cambiaba fichas con risa agorera,
como burla de mis vanos intentos.

Robó un alfil, cambió una torre en broma;
fingiendo error, que a los dos distraía,
me hablaba del placer que sentiría
al sentirme roído por su carcoma.

Yo resistí su juego y su ardid frío,
soñando en darle jaque al mismo hastío;
mas cuando el sol su aurora desprendía,
su reina, a mi rey, quitó su agonía.

La partida acabó con mi perdición.
Yo, desesperado, tiré el tablero,
y la parca, aceptando mi rendición,
se alzó y señaló con gesto austero:

“Has de venir conmigo —fue su canto—,
lo pactado se cumple sin quebranto;
mas tanto me agradó tu osadía,
que haré del tiempo un lazo, no una guía”.

“Te llevaré conmigo muchas veces,
mas vivirás una noche cada año;
será esa tu recompensa con creces
y para tu cobardía un apaño”.

“Sin resentimiento, pasión, ni emoción,
por tus deseos serás un esclavo;
jugaste por salvación o perdición,
y de la partida esto ha resultado”.

“Cada año, en esta noche, volveremos
de nuevo al juego, aunque ya no queramos;
morirás cada vez, y evocaremos
que, en el tablero, tu vida jugamos”.

“¿Te parece? Pero aún no me respondas,
pues los dados mortales se han lanzado,
y, aunque tu zozobra y temor escondas,
todo está escrito y tu sino sellado”.

Así, condena dulce y maldecida
me ata a su voz, su niebla y su partida:
vago en la sombra, eterno en mi condena,
un año muerto y otro en noche plena.

EL SUSURRO DEL FÉRETRO

En noche sin luna, con niebla ceremonial,
el viento sopla fuerte y en su ulular reza.
Bajo el mármol, duerme con un rumor abismal,
que retumba como un lamento sin firmeza;
sombra, sin paz ni nombre, en su fosa sepulcral;
un ser que delira, doliente, su certeza
y, glacial, se arrastra con un silencio infernal.

Entre cirios que exhalan su aroma vencido
y cipreses que rezan oraciones rotas,
el aire pudre la fe en incienso prohibido,
y el silencio arrastra negro mantel de gotas.
Una tumba suspira su soplo podrido,
mientras ojos sin rostro, cual luces remotas,
me observan perderme en negror adormecido.

Con mano invisible que en la sombra delira
con el gemido doliente de un himno infernal,
tenebrosidad que en la oscura noche espira,
me encuentro su féretro con un frío invernal.
No miro el cadáver que en su interior suspira,
temiendo encontrar el sudario de un ser irreal
o la imagen que en mi mente forjo y conspira.

Tiembla el aire; un lamento me toca el oído,
no es ni humano ni de espíritu infiel, ni mortal;
late en un eco de llanto, como un aullido
que me invita a seguirlo hasta su umbral sepulcral,
con el grito de aquello que nunca ha partido,

del cadáver que sueña con su sueño final
o difunto que vela su muerte dormido,

Y, en mi pecho, la muerte se acuesta y murmura;
su aliento es de tumba, tierra, de polvo y de hiel.
Siento entonces la muerte posar su hermosura
en doliente llanto destilado en éter cruel;
susurra en secreto: “Tu alma conspira oscura
eternidad; ¡sígueme! y te fundirás con él”.
Y, entonces, descubrí en su muerte mi envoltura...

LETANÍA DE UN CONDENADO A MUERTE

¡Oh vengativo Dios, no me atormentes;
no desprecies mis ruegos tras un velo!
¡Ten piedad de mí y dame Tu consuelo!
Si existes, no somos tan diferentes.

Siento que el joven que fue condenado
limó sus aristas y ya no existe.
¿No te basta tenerme encadenado
con esta agonía que en mí persiste?

Pronto llegará el alba y mi ejecución.
Mi tiempo ya se escurre entre los dedos,
y mis súplicas no cambian Tu intención
por no ser un feligrés de tus credos.

¿Mi desesperación no te conmueve?
¿Me abandonarás como has hecho siempre?
Supongo que, sin Ti, nada se mueve...
¡Aunque no existas, te siento en mi vientre!

¡Déjalo! y olvida que voy a morir.
Como ateo, ni he sido ni soy tu hijo.
¿Qué te invoco, si tus brazos no has de abrir?
Imploro sin resolver Tu acertijo...

La noche cae, infinita y severa;
sus horas corren rápidas, mortales.
Y yo, que fui blasfemo entre señales,
hoy sólo soy un hombre que aún espera.

La noche pasa... apenas pasa... duele...
Y se enreda en mis pupilas sin piedad,
pues soy prisionero de mi necesidad,
yo, que quise ser el que todo puede.

Que al menos, si es que escucha lo que siento,
se apiade en su Cielo al ver mi corazón
con su rastro de sincera redención
y encuentre en mi triste final su aliento.

La prisión bebe luz en mi agonía
y en sus paredes sangra mi pasado;
soy eco de un delito encadenado,
un nombre que la noche desafía.

En la celda, la noche se hace espesa
y escucho en cada sombra su acusación,

con negro manto que aprieta el corazón,
y esta oscura culpa, lenta y aviesa.

Las rejas anudan sombras en mi ser
con intenso miedo, al filo del dolor.
La memoria niega su rostro al valor
y exige la verdad en mi atardecer.

La muerte me atará a su noche eterna,
despertando en mí la sombra del dolor.
Mi sangre ya nota el pulso del temor
y el transcurrir del tiempo me consterna.

¡Maldita sea mi funesta estampa!
Y, aunque maldiga mil veces mi vida,
prefiero esta existencia malquerida,
aunque, al hacerlo, a la muerte haga trampa.

¡Dios, si existes, aunque yo no lo crea
con tanto miedo y temor inhumano,
no me abandones y alejes tu mano,
pues esta angustia en mi alma se recrea!

La luna afila las dudas en mi ser;
la cárcel silencio y guarda mi dolor.
Mis horas caen vacías con temblor,
y apenas me queda aliento a retener.

La muerte cumplirá la profecía;
su cita marca el día señalado.
¿Es justa esta sentencia del Estado
o es sombra sobre sombra en mi porfía?

En el alba está escrita mi sentencia,
con su forma, fecha y la hora final.
¿Si está fijado el desenlace fatal,
de qué sirve aferrarme a la conciencia?

Repaso vida y obra en agonía:
los errores, risas, noches sin razón,
que se esfuman sin alcanzar un perdón
ni en mi conciencia encontrar amnistía.

Escucho el eco lejano de mi alma.
La culpa agrupa mis brumas de temor,
y mi alma cae rendida ante el dolor,
mientras busco en Dios un resto de calma.

¡Un Dios que nunca escucha mi plegaria!
Que se olvida de mí por no creer en Él.
¿Para qué le necesito si es tan cruel
y la muerte, de vida, es propietaria?

Mi vida, al desfilar arrepentida,
proyecta en mis pupilas su castigo;
me veo a mí, perdiéndome conmigo,
sin haber entendido bien la vida.

Fui hombre de blasfemia y de descaro,
de burlas ante el altar y su verdad.
Por miedo a lo que venga en la eternidad,
hoy rezo con el alma hecha un desgarró.

¡Y, por eso, ahora pago mis pecados
sin que Dios calme y aparte esta angustia!

Mas con venganza adusta me desprecia,
sin saber del blasfemo sus recados.

¿Me aceptará como al hijo pródigo?
¿Perdonará mi falta de empatía?
Al pensarlo se aumenta mi agonía,
ahora que en mis creencias me contradigo.

La fe que desprecié, medio dormida,
renace en su temblor como un mendigo;
quizás el cielo exista como abrigo;
quizá sea mentira la salida...

Mas siento que lo eterno se avecina
sin forma, sin respuesta y sin consejo.
¿Seré tras la muerte un puro reflejo,
o un soplo disolviéndose en la ruina?

¿Existe en lo insondable una doctrina?
¿Hay un juez del alma o sólo el complejo
de un cosmos sin razón, mudo y perplejo,
que gira indolente mientras declina?

¿Habrá un juicio en la sombra que me espere?
¿Qué tendré: fuego o abrazo celestial?
Se hunde mi mente y el pulso se adhiere
al pensar en mi sentencia espiritual.

Tiembla en mí un consuelo que no llega;
la inminente muerte aumenta mi ansiedad,
no aparca ni tiene un soplo de piedad
en larga espera que la mente ciega.

Mi cuerpo es un latido hecho tormento,
y mi pecho un nudo a punto de estallar.
En la eterna agonía del esperar...,
quisiera huir del tiempo y su lamento.

Soy igual que un volcán que se deshace;
mi mente, un laberinto sin salida;
la espera es hiel antigua, envejecida,
que cae gota a gota y no complace.

¡Oh, perverso fulgor que extraño nace!
Una bondad secreta y escondida,
un soplo de esperanza estremecida
susurra que el final también nos rehace.

Tal vez la muerte es esclarecimiento:
un paso hacia el origen que olvidamos;
quizás a donde vamos, si nos quedamos,
se lave al fin la culpa y su tormento.

O acaso el universo, sin aliento,
no guarde más que aquello que sembramos,
y el juicio sea el rastro que dejamos
grabado en nuestro último pensamiento.

Tan lenta es la condena cuando aguarda,
tan rápido el reloj en cruel alarde...
La hora viene a mí gritando, cobarde,
y yo, siendo valiente, lo he de aceptar.

Mañana... mañana vendrá conmigo,
y en su alba temblará mi último aliento.

Mas hoy, sólo soy miedo y pensamiento...
Quizás halle paz. Quizás halle un enemigo...

Y en esta amarga espera, interminable,
se une lo que fui con lo que ahora soy.
Tiemblo ante mi fin y temo a dónde voy,
pues soy un hombre en noche inabarcable.

Casi es la hora de que la noche muera.
Quizás en la oscuridad de mis finales
querré aferrar la luz en sus rituales
y alcance la paz que mi alma requiera.

Mas ya escucho, acercándose, sus pasos;
oigo sus voces y el tronar del suelo;
abrirán mi celda con desconsuelo
y sacarán a rastras por los brazos.

Se terminó pensar y filosofar;
de nada sirve el arrepentimiento;
la muerte no aguarda mi asentimiento,
así que pronto dejaré de llorar.

LA MURALLA Y LA CIUDAD AISLADA

La muralla se alza sobre la tierra
con piedra firme, fría y desolada;

ve a su ciudad triste, acorralada,
tendida en un silencio que la encierra.

Erguida, con su gris interminable
y siglos de miedo como pedestal,
se eleva con su sombra descomunal,
pétrea y de voluntad implacable.

Aunque su vejez en grietas encubre,
es dura como el yunque del herrero;
tan larga que cabría un día entero,
con su alta saetera que el cielo cubre.

En sus piedras se esconde la neblina;
su construcción fue sangre y arduo esmero.
El esfuerzo quedó en su pecho austero
y en el sudor vertido en cada esquina.

Encierra en su interior la vida entera
de una ciudad que tras su sombra tiembla,
pero ninguno traspasarla intenta,
pues nadie sabe lo que aguarda afuera.

La ciudad, harta, se siente atrapada,
suspira como niños al despertar,
en un gemido que quisiera volar
y salir de su prisión reservada.

La sienten como húmeda carcelera,
destruyendo temblorosos anhelos
que provocan agravios y recelos
y que su insatisfacción aceleran.

Tiemblan los ancianos y se santiguan,
agradeciendo en el muro sus piedras;
besan sus enredaderas y hiedras
que, al trepar, su antigüedad atestiguan.

Mas la juventud el muro lamenta,
y anhela ver el mundo que la llama;
pregunta qué hay fuera, qué la reclama
y oprime su libertad como afrenta.

Con rebelión y desvelo, pregunta:
“¿Qué habrá tras el muro: campos dorados,
mares sin fin colmando los anhelos?”.
Mas su pregunta se queda difunta.

Los fieles se arrodillan con angustia;
reciben la prédica, como droga
que acalla la sensación que los ahoga,
e invita a no ver su existencia mustia.

Crédulos, buscan la paz en la oración
y aceptan su prisión sin rebeldía.
El clérigo los calma cada día,
y en púlpito predica resignación.

Devotos, se angustian ante lo eterno
y elevan su lamento de sumisión,
lleno de miserable resignación,
en templos abrasados por su infierno.

El clérigo insiste en que es su destino,
que en la muralla está su providencia;

que fuera del muro no hay existencia,
y callar es virtud en el camino.

Predica conformidad sin desear,
como bálsamo que los adormece,
en una oración que se desvanece
porque ninguno sabe cómo rezar.

Mas los no creyentes rugen con ira
y en las sombras tejen su disidencia.
Del muro quieren ver la decadencia
y un hueco abrir al mundo que los mira.

Incrédulos, se alzan entre la sombra,
golpean en la negrura sin perdón;
sus manos son rumor que nadie nombra,
susurros subversivos de rebelión.

Ocultas células que engendran miedo,
cultivan esperanza y fuego interior;
un nuevo mundo tras la piedra exterior,
desafiando a la muralla en su credo.

Y, mientras ocurre, el muro, silente,
en sueño pétreo que en grietas brotó,
observa el torbellino que lo causó,
y en su alma escucha el clamor de la gente.

La muralla, al sentir tanta tormenta,
comprende que ella es la causa del dolor;
su silencioso letargo es opresor,
y entre las grietas su alma se lamenta.

Es responsable del encierro y pena,
que todos tiemblen sin poder desertar;
mas sola, nunca se podrá derrumbar,
pues su historia no morirá en la almena.

Y así prosigue, inmutable barrera,
con el rechazo y angustia que creó
con su muralla que nadie atravesó,
aguardando abrirse una primavera.

PESTE EN CIUDAD AMURALLADA

I. El presagio

Comienza el silencio antes de la ruina,
presagio de la irrupción del contagio,
procesión de los muertos como espina,
y romería del pueblo en sufragio.

El aire huele a suciedad y abono;
en las almenas graznan los presagios;
y el día, henchido, empieza su abandono
en los tapiales grises y los atrios.

Un viandante habla al polvo del camino,
ruega salud a un Dios que nunca mira,

y en las murallas, presas del destino,
el eco del silencio se descalza.

No conocen que acecha un mal futuro,
aunque ya tiembla el agua de la fuente
y un soplo oscuro, denso y prematuro,
rasga la fe dormida de la gente.

II. La irrupción

Llega sin voz, sin trueno ni campana,
como infección entrando por la herida,
y en cada casa la jornada humana
se ve cercada por la muerte altiva.

Callan las voces con aliento frío;
la niebla envuelve el muro ennegrecido;
un llanto cruza en el campo vacío;
y la muerte sopla aire corrompido.

Aire denso, con polvo en las rendijas;
la piel ardiendo en súbito quebranto;
y el perro que aúlla, fiel, junto a las hijas,
que el llanto aparta del postrero manto.

La fiebre abre los labios del más fuerte;
los niños se acurrucan sin remedio;
y quien en sus rezos suplica, advierte
que nada cruzará el fúnebre asedio.

III. Los señalados

Queman incienso que su olor eleva,
mas el hedor en calles permanece.
Procesionan los santos aunque llueva,
pero la peste no se desvanece.

Las calles, con basura y podredumbre,
rezuman sangre en puertas clausuradas;
la luna alumbra el signo de costumbre:
una cruz negra en tablas enclavadas.

Un clavo y una cruz pintada en negro;
un hombre encapuchado en la mañana;
y un llanto sofocado, pobre y lego,
tras un postigo, oculto, en la ventana.

Se marcan una tras otra vivienda;
la peste ya reclama su guarida;
y el pueblo, con temor, su ruta enmienda,
dejando atrás la senda conocida.

En cada muro late un juramento:
“No entres aquí, que el mal ya lo reclama”,
y el aire se hace un espeso lamento,
lleno de miedo y egoísmo que inflama.

IV. Las carretas de los muertos

Por las callejas ruedan los pesares,
crujientes ruedas sobre cada adoquín
llevan los muertos, fríos y vulgares,
hasta su descanso eterno, sin confín.

Los bueyes avanzan de madrugada,
los hombres tapan rostros con su manto,
y el repicar de hierro y de jornada
se mezcla con plegarias sin encanto.

Se oyen los bueyes, tristes en su paso,
llevando el carro al son del cencerro;
van cargados de cuerpos, paso a paso,
como quien lleva un fardo hacia el destierro.

Atraviesan los charcos llenos de orín,
los ríos de agua sucia y pestilente;
pisan heces, como se aplasta un motín,
y a las ratas con su hedor maloliente.

Los hombres con capucha, brocha y jarro,
marcan las casas, sellan los portales,
y, en cada umbral, un eco ya bizarro
repite: “¡Apartad! ¡No toquéis los males!”.

Un niño grita “¡Padre!”; mas el eco
sólo responde con viento y soledad,
y el carro, lento, con chirrido seco,
sigue hacia la fosa de la eternidad.

En los balcones lloran a los que aman,
mas cierran presto, huyendo de su abrazo,
y paran la sangre en rezos que claman
por el perdón que huye ante su rechazo.

Crujen los sacos, roídos por las ratas,
roen el pan, las cuerdas y promesas,

mientras los cuervos graznan sus bravatas
por el vil festín de carroñas tiesas.

Huele la peste al alma de los vivos,
a fe que muere, a polvo y a pecado,
y los niños, con ojos fugitivos,
se preguntan quién los habrá odiado.

Los hombres que recogen los despojos
cubren sus rostros y huyen del aliento.
Debajo del paño, el miedo en sus ojos
revela el mismo y único tormento.

V. El osario

Afuera del muro, el osario espera;
allí los vierten, sin nombre ni oración;
la tierra traga en su negra escalera
los restos mudos de la desolación.

Próximo al muro, allí donde no habita
ni fe, ni flor, ni canto ni esperanza,
hay un foso abierto, que precipita
lo que del hombre queda: su tardanza.

Caen los cuerpos en muda procesión;
un golpe seco, tierra y despedida,
y el aire guarda en su lenta corrupción
el resto amargo de la breve vida.

Las manos tiemblan, nadie da palabra,
ni cruz ni nombre, sólo el polvo espera.

El sol se hunde, mientras la peste labra
y germina su victoria postrera.

VI. La ciudad vacía

Y al alba, entre campanas apagadas,
pasan los lobos, dueños de la vía,
y sólo quedan cruces y fachadas
que rezan muerte en muda letanía.

Callan campanas, mueren los portones,
los gatos cruzan calles sin testigos,
y sólo el viento gime, en oraciones
por los que fueron y ahora son mendigos.

De cada hogar se eleva el humo leve
de cada fe, ceniza y desconsuelo,
y el fraile escribe en su misal de nieve:
“Dios nos dejó, pero lloró en el cielo”.

Vacío espiritual tras la mortandad;
cortejos fúnebres en el recuerdo;
dolor familiar con su mendicidad;
y ausencias tristes, sin pactos ni acuerdo.

Y así, tras muros, ruinas y pecado,
la ciudad duerme bajo un manto oscuro
por cada cadáver abandonado
que espera, al fin, un juicio más seguro.

INSOMNIO

En la quietud de la noche,
con su silencio sepulcral,
me desvelo, cual fantoche
en un auto sacramental.

Planean como fantasmas
pensamientos de soledad;
las horas se hacen tan largas
como dura una eternidad.

El insomnio me impacienta,
altera mi alma alicaída;
tejedora araña hambrienta
de telaraña escondida.

Oscuridad sin consuelo,
con su silencio y mi dolor;
viento andariego en mi duelo;
helado latido de amor .

El mundo se hunde en mi mente
y deja mi alma sin calor;
la noche sigue latente,
se hunde muy hondo en mi dolor.

Triste insomnio me sustenta
al oír su lúgubre rumor,
que mi pena nunca ausenta
y clama con sordo clamor.

Crujen viejos desvaríos
y rasgan sombras al pasar,
despiertan viejos estíos
y sangran sin poder parar.

Avanza triste la bruma
y quiebra lento mi clamor,
renace oscura, me abruma,
hasta hundir, por fin, mi fervor.

Resuena fría mi pena
y me ahoga el aire al respirar;
la soledad me encadena
sin darme tiempo a escapar.

Se inclina el alba tardía
dejando un destello espectral,
que extingue lenta osadía
de un corazón en funeral.

Hasta concluir con mi duelo,
perdido en su fatal verdad,
la noche apaga mi anhelo
y se duerme en mi eternidad.

SUSURROS EN LA PENUMBRA DEL ALMA

¡Oscuridad, escucha mis clamores,
sé testigo del luto que me nombra
como mis marchitas y secas flores,
culpas que crujen de espanto en la sombra!

Pienso en mis actos duros, sin ternura,
y desprecios quebrando corazones.
Tanto dolor, tanta mortal negrura,
que aún sangra en mis ocultas estaciones.

La tiniebla del pasado en mi pecho
despierta ecos y llora lentamente;
es mi alma, en frágil vacío deshecho,
que gime al ver su rostro penitente.

En la sombra silente de mi ocaso,
mi ser, temblando al fin de su jornada,
viste al alma de un pálido fracaso,
y un triste gris despierta en la mirada.

Y sufro, ¡sí!, de ver mis desamores,
mis desdenes lanzados como espada;
de haber sembrado noches sin albores
y haber dejado mi emoción helada.

En su penumbra nace mi agonía;
surge la voz de mi alma atosigada

al revisar mi vida, mi autoría,
y ver el peso oscuro de su nada.

Tiembla mi ser y, en cada estremecida,
rompe una flor marchita en mi conciencia;
se inclina el alma rota, arrepentida,
ante su propio llanto sin clemencia.

Susurra, helada, antiguos resplandores,
caricias que aún perfuman mi memoria,
visión que, al examinar mis albores,
llora mi breve y frágil trayectoria.

Murmura en mí los gozos que he tenido,
los pasos dados con honesta calma;
mas gime, herida, por lo mal vivido
y el ruido amargo que desgarró mi alma.

Y clama herida al ver mis torpes huellas:
la envidia gris, la inútil cobardía,
el odio ciego, fúnebre centella
que oscureció la esencia que latía.

Grita mis culpas: desaires, desidias,
la envidia oscura, con su frío egoísmo,
las torpes horas hechas de avaricias
y el torvo afán de entronarme a mí mismo.

Llora mi espíritu por tantos años
de orgullo, fiera cárcel encendida,
con tan enraizada raíz en mis daños,
que envenenó la savia de mi vida.

Solloza también los nudos del desdén,
la mala acción, los odios sin destino,
amores muertos que dejé en el edén
de quienes hallé en medio del camino.

Pero, en el fondo, ¡oh Dios! aún hay un brillo:
el tibio aroma de un amor perdido,
la sonrisa de un hermano, de un hijo,
que alguna vez salvó lo que veo hundido.

¡Sí! Por fin hay un rayo de esperanza.
Recuerdo risas, hijos, luz y amistad;
el ánimo que ofrecí a quien avanza,
o a quien, sin voz, buscaba alguna lealtad.

Ahora, en la hondura nace un fuego tierno:
un recuerdo puro con un mendigo,
su risa luminosa en un invierno
cuando un milagro le hice, como amigo.

Evoco más recuerdos escondidos:
aquella caricia dada sin buscar;
dar sin pedir en gesto desprendido;
el favor, comprensión y amor sin pausar.

Entonces, ríe mi alma agradecida
y con dulces notas vuelve a renacer,
bendice lo ganado en la partida
y aquello que aprendió no debe tener.

Y se entusiasma mi alma y vida entera
con aquellos momentos esfumados,

cuando mi fe era un ala verdadera
y mis caricias, bálsamos sagrados.

Mas, ¡pobre de mí!, que al borde del final
la contricción me toma y me desvela:
sé que he de alzar mis ojos hasta el umbral
del Hacedor que juzga y me consuela.

Y entonces lloro más, pues la esperanza
despierta heridas que creí selladas;
pues cada destello puro me alcanza,
como un latido en sombras sepultadas.

Mas tiemblo, sí, pues siento ya cercano
el paso inevitable hacia el Hacedor;
y en mi temor despierta el ser humano
que busca redención, amparo y amor.

Siento impresa en mí la huella del final;
un viento oscuro roza mi costado;
es el Hacedor que se acerca a mi umbral;
tiemblo de amor y miedo, arrodillado...

No, no, Señor, aún no estoy preparado;
falta purificar mi vieja herida,
lavar en Tu silencio mi pecado
y suplicar Tu perdón por mi caída.

No estoy preparado para ese viaje.
Aún me falta mucho para poder ir:
curar del alma el pálido lenguaje,
pedir perdón, sanar, amar y sufrir.

Mi agotada alma, trémula, encendida,
se inclina al fin sobre su espejo interno,
y, al repasar mi vida sin medida,
susurra un ruego al Cielo sempiterno:

Por eso clamo, humilde y sin defensa,
a Dios, que me contempla en su silencio,
pidiendo su luz, perdón y presencia,
y haga de mi estertor su suave incienso.

Por eso grito al Cielo, desbordado:
“¡Mira mi carne rota, mi quebranto!
Haz de este pecho en ruinas un sagrario,
y en la tiniebla enciende Tú tu canto”.

“Mi espíritu arde en contrición sombría,
romántico, con su pena y rendición,
porque me duele amar lo que fue día
y arrastra el alma hasta Ti en su oblación”.

“Oh Dios, que aguardas desde lo infinito,
recibe este lamento arrepentido;
haz que mi corazón, por fin bendito,
sea una llama en tu regazo erguido”.

“Dame, Señor, la fuerza para cambiar,
iluminar las sombras en mis días;
que, al verte por fin, no tema naufragar
en el umbral final de sus porfías”.

“Y a ti, lector, si en tu más hondo latir
guardas silencios, culpas y tormentas,

quizá también oigas a tu alma gemir,
y en penumbra llores lágrimas lentas”.

“Que al leer estos ecos desvelados
y escuchar su voz íntima y profunda,
revises caminos ya transitados,
antes de que la muerte al fin responda”.

EL BUFÓN

Con mi joroba hago entrada
y el salón se despanzurra.
Soy la broma desatada
que al noble siempre embarulla.

En la corte voy saltando;
soy jorobado y rechoncho,
con mi nariz navegando
como trompa de un pinocho.

Mi napia, lanza gloriosa,
va abriendo paso en la sala;
y mi figura monstruosa
es la moda que no es gala.

Mis orejas, dos antenas;
mis zapatos, dos campanas;

mi estatura, a duras penas
ni alcanzará a tres manzanas.

Mis orejas se rebelan,
dos banderas desquiciadas,
que mis 'duendes' chancletean
como esposas mal cerradas.

Mis 'soplillos' hacen viento;
mis zapatos van de fiesta;
cuando caigo, el condimento
es la burla más funesta.

Que si mi cara es un mapa,
que si mi joroba es trono,
que si en cada paso atrapa
una burla mi abandono.

Delante del rey me planto,
mi joroba se acomoda;
todos ríen de mi encanto,
con mi nariz desbordada.

Voy sonando mi cascabel
del gorrito puntiagudo;
y, si me caigo del mantel,
la corte ríe ¡y yo sudo!

Mi sonaja se desata,
como un preso enamorado;
yo salto, y la aristócrata
finge un asco bien pensado.

“¡Baila, enano, que es temprano!”,
ladra el rey con voz de establo.
Yo exclamo: “¡Mi soberano,
soy bufón, no soy su esclavo!”.

“¡Haz piruetas, bobalicón!”,
me ordena el rey con desgano.
“¡Mi excelencia, con su perdón,
soy un bufón, pero humano!”.

“¡Haz piruetas, que estás viejo!”,
grita un duque con barriga.
Con un chiste me protejo,
pues con chiste, nadie obliga.

“¡Canta, monstruo, que aún respiro!”,
dice el rey con su bostezo.
Yo canto: “Vuestro suspiro
huele a vino y a desprecio”.

Todos ríen, ¡qué ironía!,
mis insultos son su gozo;
decir “mierda”, es poesía,
mas decir “vida”, es sollozo.

Y suelto mil chascarrillos,
mis versos, mis acrobacias,
mientras ruedan por pasillos
duques, condes y falacias.

Con dientes de caries finas,
muestran sus risas de ratas;

doy volteretas mezquinas,
que miran cual papanatas.

Soy espejo deformado,
soy la risa por decreto;
si tropiezo, el resultado
es la corte en puro aprieto.

El perro real me acecha,
muestra su genealogía;
me huele, muerde y sospecha
que soy crimen o herejía.

Sabe que es can de monarca,
que es perro con pedigrí;
me gruñe, me hinca y me marca
con su desprecio ¡sí!, ¡por mí!

Sí, hasta el perro de la parca
me persigue por deporte;
me gruñe, me huele y masca
como un trapo de su cohorte.

Pero, ¡ay!, cómo duele el alma
cuando el perro me atenaza
y, en silencio, por la espalda,
a solas lloro en la plaza;

Porque la vida prosigue,
yo me sienta o no de trapo,
y, aunque el llanto me persigue,
su cruel atención atrapo.

Y sonrío, porque es triste
que hasta un can tenga corona.
Si protesto, el rey insiste
que me calle si le entona.

Yo sonrío, ¡qué remedio!,
soy la chispa del palacio;
pero, a veces, con asedio
mi alma pide algún espacio.

Río en forma pegadiza;
soy esclavo de la risa;
y mi cuello se idealiza
como blanco de la prisa.

¿Y qué hago yo? Si soy bufón.
Mi destino es este oficio:
ser el payaso del salón
y del reino, sacrificio.

Tarde, el salón se deshace
y la luna entra cansada;
mi pecho, que nunca nace,
llora su dolor sin nada.

Mas, al filo de la noche,
cuando cae ya la fiesta,
me desnudo del fanteche
y en mi pecho todo apesta.

Cuando el eco se disuelve
y la noche me desflora,

una esperanza me envuelve
en un frío que devora.

Yo, deformado y cansado,
soy fantasma en carne viva;
sólo un sueño estropeado
que las miradas esquiva.

¡Sí!, sólo soy un pobre hombre
de figura retorcida;
nadie me dará su nombre,
ni su beso, ni su vida.

Las doncellas se persignan
al mirar mi feo rostro;
ríen, se burlan o indignan
el suplicio que yo arrostro.

No me quieren con querellas,
no me rozan ni en la bruma;
ven mis formas, ven mis huellas,
pero nunca ven mi pluma.

Ni me desean, ni abrazan,
sólo huyen de mi figura.
Mis latidos se retrasan
cuando observo sus lisuras.

Las zagalas, temblorosas,
ven mi rostro y retroceden;
para ellas, soy esas cosas
que en la noche nunca mueren.

Soy un hombre avergonzado,
un latido que no suena;
voy al mundo descuidado,
con amor que nadie estrena.

Y me digo: “No habrá nunca
quien me mire y no se asombre”;
y la tristeza me trunca
cuando intento ser un hombre.

Entonces siento, ¡ay! que muero
cuando en sueños me pregunto
si habrá un alma que, sin miedo,
me ame vivo, no difunto.

Imagino, sin tener fe,
que alguna voz me dirá “ven”;
aunque la realidad es que
de verdad no me quieren bien.

Hasta el mundo me desprecia,
incluso Dios me ve y calla;
y la fe, esa sucia necia,
no me acoge ni en batalla.

Tengo un corazón maltrecho
que sangró mil carcajadas;
donde el chiste fue despecho,
los aplausos, puñaladas.

Y aún así cargo mi pena
con sonrisa y bufonada,

chistoso monstruo en escena,
para hacer su payasada.

Si en la calle voy sin mueca,
los niños me tiran piedras;
y mi hueca alma reseca
se desangra entre sus hebras.

He aprendido a ser desaire,
una sombra acomodada;
soy del reino su donaire,
risa manufacturada.

Si me hieren, me hago bruma,
si me insultan, hago un baile;
pero dentro, sin espuma,
mi temblor no es envidiable.

Me acostumbro a mis heridas,
me habitúo a la manera
en que el mundo abre las vidas,
menos esta, tan sincera.

No hay rincón donde yo encaje,
ni hoguera que me acoja;
ni mujer que dé hospedaje,
o a esta forma recoja.

Soy la risa que no ríe,
soy tragedia con cascabel;
cuando el alma se me enfríe,
hasta el diablo le será infiel.

Acepté mi triste empeño,
mi destierro entre sonrisas;
soy papel, soy vil diseño
del destino y sus premisas.

Me pregunto en la penumbra:
“¿Para qué seguir viviendo?”.
Y mi sombra, que me alumbra,
sólo dice: “Estoy muriendo”.

Pero un alba me rescata,
como un soplo en mi fracaso;
la luz tibia se desata
y me envuelve paso a paso.

Mas ese alba, cuando hierve,
desarmando va la pena,
mi dolor por fin se pierde
tras la brisa más serena.

En la aurora, cuando el viento
se desliza por la hierba,
se alumbra mi pensamiento
y al espíritu se acerba.

La pradera me acaricia,
verde cáliz que me abraza;
en su paz, mi alma reinicia
y se enciende en otra plaza.

En las flores soy distinto,
menos monstruo, más humano;

y en su aroma casi extinto
siento un existir cercano.

Ya no soy el jorobado
que provoca carcajadas;
soy un ser recuperado
por las flores y las hadas.

El rocío me rescata,
se acomoda en mi figura;
ya la vida no me mata,
sólo duda de mi altura.

El rocío de la aurora,
como amante silencioso,
se me posa y me enamora,
me hace humano, me hace hermoso.

La humedad en la magnolia,
las palomas en la fuente,
me devuelven la memoria
de que existo dulcemente.

Las campanas ya no suenan
ni a castigo ni a un desdén,
en el campo se despegan
de mi duelo con su vaivén.

Ya no suenan para el rey,
sino son para mí más bien,
convirtiéndome en su virrey,
aunque sin lacayos también.

Yo respiro y voy andando
por senderos de azucenas,
mi joroba recordando
que también cargué cadenas.

Mas la brisa me perdona,
y en rubíes de la aurora
yo descubro que la vida
nunca es tan cruel a toda hora,

Pues hasta un ser tan contrahecho
hallará, si el sol desvela,
algún bálsamo en su pecho
y, tal vez, un alma bella.

Y comprendo que el destino
no me quiso rey ni estrella,
mas el viento, peregrino,
me hace digno y me consuela.

Y camino por el prado
con mis sueños en un hilo
y, aunque soy un desdichado,
siento al fin latir mi filo.

Camino, herido y sincero,
por un mundo que me hiere;
pero al fin, bufón o entero,
soy un hombre que aún se quiere.

DESHOJANDO UNA FLOR

Deshojando una flor, por el campo paseaba;
pétalo a pétalo, indagando susurraba;
y en su agonía, con silencio me abrumaba,
pues la respuesta entre sus pétalos no estaba.

Quedó en mis manos sólo su tallo marchito,
eco de mi sueño que el tiempo hizo infinito;
y, aunque el alma gima y llore lo que nunca fue,
guarda entre las sombras el perfume de su fe.

Mas el curioso aire mi duda acariciaba
y, entre aromas y trinos, mi mente alegraba.
Comprendí que el amor ni se exige ni implora,
que llega cuando quiere y parte cuando aflora.

Sensación que, sin buscarla, en uno se clava,
pues nace sin permiso y al alma hace esclava.
Explosión de alegría, fervor y tristeza,
en una revolución que le da grandeza.

Te busqué en el río, en la luna y su reflejo,
en la voz del alba, en el volar del vencejo,
mas tan sólo encontré un suspiro muy cansado,
que llevando tu nombre se había extraviado.

Ahora, al soplar la brisa, tu ausencia me llama
y el sol se oculta cuando pienso en nuestro drama;
la flor se marchita, mas mi amor no te olvida,
eres mi querer, dolor y herida más viva.

Y yo sigo errante con mi flor sin aliento,
sin conocer cuál es mi castigo en el tiempo;
pues si amar fue un pecado, bendita condena,
porque, aún en el dolor, tu recuerdo me llena.

LA JOVEN DEL VALLE

Caminaba yo, cansado,
siguiendo el sendero estrecho
que bajaba en un repecho,
entre jaras olvidado.

Avanzaba lentamente,
como quien guarda un recuerdo
que pesa más que un acuerdo,
aunque éste sea excelente.

La tarde, ya casi herida,
dejaba un fulgor incierto,
con el perfume de almendro,
sobre la loma perdida.

La sierra ardía en dorado,
parecía ser el umbral
hacia un paraíso terrenal,
detrás de aquel prado alado.

El sol ya rasaba oblicuo,
dorando los riscos viejos,
cuando escuché, desde lejos,
un murmullo muy antiguo.

Pronto transformó en susurro,
mitad canto, mitad eco,
en manantial casi seco
al que con mi sed recurro.

Allí estaba ella, muy sola,
como pintura en un lienzo,
recogiendo agua en un cuenco
de barro áspero en corola.

La luz rozaba su rostro
con un temblor casi tierno,
como si aquel sol de invierno
trazara un antiguo rastro.

La vi inclinada en la fuente,
su mano rozaba el agua,
y un soplo, como de enagua,
vibró en mi pecho silente.

“Buenas tardes, caminante”,
dijo, sin alzar del todo
la mirada del arroyo,
en actitud expectante.

Lo dijo sin un revuelo;
su voz se quebró en el viento,

como algo con sentimiento
de soledad sin desvelo.

“Buenas tardes, forastero”,
repitió con voz de cristal.
Y en ese mirar otoñal
soñaba un mundo sincero.

“Buenas tardes, bella niña”,
le respondí sin aliento.
“¿Le das agua a un sediento
que recorre la campiña?”.

Ella me ofreció su cuenco,
que yo apuré muy contento.
Sacé mi sed y el tormento
y lo devolví en un vuelco.

“Busco el paso de la altura”
le dije en un hilo de voz.
Ella, girándose hacia Dios,
marcó la senda más dura.

“Busco el paso de la sierra”,
insistí, sintiendo dentro
un gran estremecimiento
que aún su sensación me aterra.

“Lo es —dijo—, pero es muy largo
y a ratos difícil, aunque,
al traspasar ese parque,
del sendero se hará cargo”.

Su voz corría ligera,
como alondra en campo abierto,
y, para mi desconcierto,
sonó como una quimera.

“Lo hallará tras esa curva
—prosiguió—, mas con cuidado,
ese sendero es privado,
de una propiedad absurda”.

Quise ofrecerle mis pasos,
compañía en mi tortura,
que desdeñó con dulzura,
mirándome desde lejos:

“Siga usted, buen caminante;
yo guardo aquí mi secreto.
La montaña guarda un reto,
que el viento pide al andante”.

Quise saber si algún día
una pena rozó su ser
y sus ojos, al responder,
velaron la luz tardía.

Le pregunté por su vida,
por la calma del silencio,
su soledad sin aprecio
en aquel rincón sin vida.

Quise saber si estar lejos
la coartaba para hablarme,

pues sus ojos, al mirarme,
eran brillantes reflejos.

Ella apartó la mirada
con una respuesta artera:
“En el valle, quien espera
coge más de lo que aguarda”.

Sonrió, llena de tristeza,
mientras rompía un romero:
“Jamás se siente extranjero
quien conoce bien la tierra”.

“Quien guarda el valle —murmuró—
rescata su propio anhelo,
mas nunca revela al cielo
la historia que lo procuró”.

Le ofrecí mi compañía,
mas respondió con blando afán:
“Siga, que el viento me da pan
y basta en mi travesía”.

Y prosiguió con un gesto:
“Siga usted, buen caminante,
el camino dominante,
pues en mi senda no hay tiempo”.

Seguí mi ruta callado,
rebuscando una claridad
a tan extraña soledad
encontrada en aquel prado.

Y me alejé de aquel valle
con un temblor en el pecho;
ahora, si evoco aquel hecho,
vuelvo a sufrir su detalle.

Mi pensamiento certero
duda si aquello fue sueño
o imaginación que adueño,
recordando aquel sendero.

Y, a veces, cuando el sendero
suena con cascos al trotar,
creo escuchar su voz brotar
en el viento pasajero.

No sé si fue sueño cierto
o mi brillante juventud,
mas en temblorosa inquietud
su valle sigue despierto.

Aún creo oír su susurro
si el viento dobla el helecho,
y pregunto sin provecho:
¿fue verdad o lo discurro?

SOMBRÍO ROMANCE PERDIDO

Naciendo entre montañas surge la voz del día,
un trueno hecho de siglos, costumbre y profecía.
Los astros, convocados por leyes del destino,
dibujan en el cielo la ruta del camino.
Del mortecino amanecer cae la luz primera
y, con soplo enmohecido, cruza la enredadera.
En medio de sus ruinas, brota una flor tardía,
es la rosa que en mis sueños late todavía.

Su aroma me recuerda pasiones extinguidas,
sus pétalos sollozan las memorias destruidas;
porque, la antes ufana de su aroma y vanidad,
ahora yace silenciosa, mustia y sin voluntad.
En el reino de ilusión, el triunfo es un suspiro,
pues borra la voz escrita en antiguo papiro
y aquel eco, que en el pecho dejó ardor infantil,
hoy llora mi memoria en una tristeza febril.

Ahora, el romance ancestral, perdido entre vitrales,
yace, como rey sin reino, tras guerras banales;
y un viento arcano, lleno de cólera y mezquindad,
despierta en mis venas ansiosa sed de eternidad.
En recuerdos sentidos la amé sin esperarlo,
mi alma fue su jardín, su refugio y su anacardo.
Y aunque el universo cruja con cósmico rumor,
en su perfume flota la fragancia del amor.

¡Ay, romance perdido! Fantasma en las colinas,
tu sombra se estremece entre mis perdidas ruinas.
Te busco en las estrellas, en las joyas de rubí,
y en cánticos que antaño vibraron dentro de mí.
Mas de tus abismos surge, en un eco elocuente,
cual murmullo que lacera el pulso del presente,
la voz de un caótico mundo que nunca vio la flor
o de un delirante dios que olvidó su propio ardor.

A veces, como un cuervo que anuncia el desamparo,
regresa la memoria con paso lento y raro.
En mi frente, sus alas despliega sin un crujir,
añorando otro tiempo que no se ha de repetir,
aunque dentro de lo oscuro palpite un resplandor
y dance, entre los recuerdos, la chispa del amor.
Otras se yerguen ufanas con un sol que abruma
y un rayo que promete brotar si no se esfuma.

Mas luego, en las tinieblas del aborrecimiento,
canta un dios olvidado su fúnebre lamento.
La tierra se desgaja, murmura, y estremece;
un frío soterrado devora lo que crece.
Las flores se oscurecen, su luz se desvanece,
un coro de sombras, mi nombre, con eco mece
y, al borde del abismo, en desordenado Babel,
escucho al romance hundirse y yo hundirme junto a él.

Ahora, en el frío invierno y caluroso verano,
renace un canto antiguo en mi temblor inhumano.
No es de gloria, ni es gemido, tampoco es perdición,
mas resuena como un himno tallado en la razón.
Tal vez, del Paraíso sólo quede un breve aliento;

tal vez, el universo se escriba en este intento;
y, aunque el romance repose en un sellado ataúd,
yo siento que en la sombra aún resiste con su virtud.

Y, así, de lo perdido renace lo insondable:
un fuego que nos consuela, un grito interminable.
La noche aclara su negror y el día intenta entrar;
el romance, en cenizas, comienza a resucitar.
Pues, aún, donde las tumbas susurran su agonía
y un endiablado cosmos devora la alegría,
persiste, como hace un rebelde faro, ante el dolor,
con la fuerza que sostiene al mundo: el eterno amor.

LA TRAGICÓMICA VIDA DE DON CASCARRÍA Y DOÑA EXTRAVAGANZA

En un barrio delirante
vive un tal Don Cascarría,
que asegura, muy campante,
ser ministro por un día.

Luciendo un traje elocuente
y su sombrero en espiral;
jura ser muy consecuente
¡con su caos monumental!

Porta un humo perfumado
y un chaleco funerario,
jura ser iluminado
por un faro imaginario.

Con pantalones del revés
y zapatos desparejos,
parece mirar a través
en bulliciosos festejos.

Cuando se ríe, rebuzna
aún mejor que su borrico
cuando se escucha la tuna
o golpea un zapapico.

Se desplaza cual espectro
que ha bebido su corazón,
y presume de su encuentro
con un endiablado ciclón.

Camina como si el suelo
fuera un espacio minado
y al hablar mueve el pañuelo
como un mago desquiciado.

Dice ser un filósofo
“de la razón existencial”,
pero su mayor logro fue
confundir pan con un coral.

Pide siempre “agua mojada”,
“tiniebla clara” o “luz sin sol”,

y a su sombra despistada
regaña sin ningún control.

Mas la gente lo respeta,
pues su labia es contagiosa;
cree que el mundo es opereta
y la vida, muy graciosa;

Que uno debe, sin rechazar,
hacer feliz su círculo,
como regalo en un bazar,
aunque se haga el ridículo.

Así vive Don Cascarría,
con ese estilo singular:
excéntrico en alegría
y poeta sin poder rimar.

Su esposa en esta locura,
que llaman Extravaganza,
presume de gran cultura,
aunque ignore hasta su panza.

Luce un manto fluorescente
y un peinado piramidal;
presume ser muy “influyente”,
mas para nada es servicial.

Bien oronda y bien servida,
su falda es mesa camilla
y en banquete desmedida,
sin saber cuál es su orilla.

Sus mofletes son pomelos,
sus piernas buenos jamones,
sus manos son dos ciruelos
con sus dedos salchichones.

Mugiendo como las vacas
enseña su dentadura
y al suelo se cae entre cacas,
pues aún no tiene atadura.

Por gafas lleva dos prismas,
cual pirámides de Egipto
perdidas en las marismas,
hechos con un eucalipto.

Proclama ser pitonisa
“de adivinación anormal”,
mas su visión más precisa
fue restarle al sol un fanal.

Pide “sombras encendidas”,
“frío ardiente”, “calma feroz”,
y a sus dudas preferidas
les da órdenes en alta voz.

Cuanto describe es conjura
en un escrito sin igual,
donde “juicio” es la “locura”
y “alcatraz” parece “pascual”.

Cree que el cosmos la celebra
con su fiesta religiosa,

mas el pueblo la requiebra,
pues su panza es prodigiosa.

Y acaba, sin más reparo,
besando a un espantajo
o culpando, con descaro,
al paraguas por ser grajo.

Así vive Extravaganza,
con su caos crepuscular:
emperatriz de tardanza
y monarca sin gobernar.

En lugar tan decadente,
moran dándose importancia
y dicen altivamente
ser albaceas del ansia.

La gente no necesita
ni circo, teatro o un cine;
basta hacer una visita
que en la pareja culmine.

Son árboles de Navidad
fluorescente, espectacular;
bengalas de la libertad
y diversión particular.

Se visten de terciopelo
con un halo funerario,
y declaran, sin recelo,
ser la musa del contrario.

Se deslizan como un ave
que ha olvidado su función,
sentenciando, con voz grave,
que pensar requiere sanción.

Juntos dicen ser teólogos
“del desastre internacional”;
con tesis y monólogos
que aburren hasta a un carcamal.

Demandan “fiebres heladas”,
“violenta paz”, “gritos sin voz”,
y a las dudas desquiciadas
sermonean con voz feroz.

Cuando reúnen su escritura
es homicidio celestial:
juntan “cadalso” y “ternura”
o “jacinto” con “arsenal”.

Pero el vulgo los estima,
pues su risa es portentosa,
aunque al mundo no redima
si no ríen cada cosa.

Pronuncian, con un resabio,
elogios a un viejo mueble
y acusan ser estropajo
a la luna por endeble.

Viven con extravagancia
con su porte particular;

son maestros en la ignorancia
y mal gusto espectacular.

BALADA DEL GLOTÓN FONDÓN

En la villa del mordisco,
con encías de pedrisco,
pues comía como un dingo,
nació el glotón un domingo.

La enfermera, sin estima,
se acercó con su sonrisa
sin tener ninguna prisa
y él se la tragó sin grima.

En la villa del mordisco,
nació un tipo que hace cisco;
orondo, come sin fondo,
llenando panza muy hondo.

Le llaman “Don Tragoneo,
monarca del glotoneo”;
“príncipe de la cazuela,
que, si ve un postre, lo vela”.

De adulto es pura desgracia:
come con furia y audacia;

cuando encuentra un pollo asado
le da un ataque sagrado.

Se estremece su garganta
y, al caerse, la baba canta
su atraganto monumental,
que despierta hasta un funeral.

Si le ofrecen una tapa,
su mojada lengua escapa
y llora como alma en pena
hasta comerse la cena.

Al almuerzo es un devoto,
su ansia no lo desmerece,
mas en la mesa entorpece
cual sufrido terremoto.

La gente huye si mastica,
pues el sonido amplifica
al morder como un huracán
hasta algunas migas de pan.

Si alguien lo invita, retumba:
la mesa sufre, se zumba;
la sopa le implora ¡piedad!
y él responde: “Aún no tengo edad”.

Si otro muerde una tortilla,
él lanza un grito que brilla:
“¡Repártela, infame mortal,
o el bocado será fatal!”.

Su envidia es puro demonio:
si ve pan, pierde el dominio,
te huele, sigue y te acosa.
¡Parece bestia babosa!

Como un dragón sin modales,
arrastra platos y males;
cuando engulle, se oye el trueno
de un agujero sin freno.

El pobre mantel se esconde,
el vaso llora y responde:
“¡No me bebas, que me rompo!”;
y él: “¡Cállate o te compongo!”.

Al terminar, viene el drama:
mira el plato ajeno en flama
y tuerce la mandíbula
como fiera sin fábula.

Pretendió hacer un ayuno,
récord muy poco oportuno,
y juró dieta con fervor
que sólo le duró un hervor.

Intentó ayuno otras veces;
en todas hizo las paces
con el jamón que, llorando,
dijo: “¡Siempre estás llenando!”.

En el mercado lo temen:
cuando entra, todos se duermen,

sellan puestos, baja el cierre
¡Corre hasta un viejo parterre!

Mas todos lo admiran mucho,
pues su apetito es cartucho
y su gula es poesía
en bocado que chirría.

Y así vive el gran comilón,
con estómago muy fondón;
rey de mesa, trono y plato,
en universo insensato.

Y, al final, cuando agoniza
la merienda que eterniza,
él sonríe, cruel y ufano:
“¡Soy glotón, mas no gusano!”.

EL MUÑECO DE CUERDA

Le dan cuerda y el muñeco
despierta, listo para actuar;
anda torpe, casi heroico,
dispuesto siempre a improvisar.

Se tambalea en dos pasos,
gira, tropieza, vuelve a ir;

los niños ríen sus fallos
y él se enorgullece al seguir.

Hace piruetas absurdas,
saluda al aire sin parar
con sus volteretas burdas
cuando logran su cuerda dar.

Giros que al muñeco inspiran:
salta, voltea, tropieza,
y entre las risas se tira
en menos que empieza.

Baila torpe, sin aciertos,
imita a un soldado peleón,
y le aplauden sus entuetos:
“¡más cuerda e imaginación!”.

Anda y anda sin cansarse,
pues nunca puede protestar,
y hasta que llegue a pararse,
él sigue como debe estar.

Mas cuando el fleje se agota,
queda sin magia ni compás:
un soldado de hojalata
inmóvil, parado sin más.

Porque, si el giro termina,
cae la energía de su andar,
su vitalidad declina
y queda quieto sin tardar.

Pronto, una mano impaciente
corre de nuevo a rescatar:
con la llave en el paciente
la gira y él vuelve a saltar.

Los demás corren al lado,
lo preparan para jugar:
dan cuerda por un costado
y él empieza a andar sin cesar.

De día juega a batallas,
de noche es piedra en su rincón;
mientras sueñan con medallas,
él guarda pausa y discreción.

Hasta que, sin un aviso,
el mecanismo quiere hablar:
un chasquido sin permiso,
que nadie logra descifrar.

Triste, la desgracia irrumpe:
tanto giró en su pobre ser
que un ruido sordo interrumpe
su dulce afán de complacer.

Saltan resortes tensados
que el fleje no va a controlar;
sus pasos quedan segados
y él ya nunca podrá bailar.

Roto el resorte y la cuerda,
se pierden sueños y valor.

De su esplendor nada queda,
ni el brillo tierno del dolor.

Guardan silencio y lo observan
como si fuera a despertar,
pero con el que jugaban
yace en el suelo sin jugar.

Los niños miran callados
y lloran lento alrededor;
aquel que antes fue su aliado
ya no alegra su corazón.

Lo sacuden y lo agitan
para intentarlo despertar
y entre lágrimas le gritan
furiosos por su desertar.

Cansados lo depositan,
temiendo que aumente el sufrir;
se apartan de él, mientras gritan,
lloran y claman su sentir.

Lo alejan con tristes ansias,
quietos, sin saber cómo actuar;
y lo despiden con “gracias,
fuiste un buen loco al batallar”.

En basura lo han de dejar,
pues ahora es un trasto inútil
con el que no se ha de jugar
porque muerto ya no es útil.

Su caja estará vacía,
guardando siempre en su interior
los juegos y monería
de aquel muñeco luchador.

Y, aunque no viva nunca más
ni vuelva a hacerlos carcajear,
revivirá en sus lágrimas,
donde no se puede oxidar.

Ellos volverán a jugar
y en su memoria durará,
aunque otro ocupe su lugar,
pues su ilusión no morirá.

LA ÉPOCA DE INTERNET

Es la mejor época para las redes,
mas la peor para ideas y pantallas;
ilusa creencia de que todo lo puedes,
y que con la IA ganarás tus batallas.

Ya nunca pensamos por nosotros mismos;
carecemos de la mínima intimidad;
se han perdido sentimientos y realismos;
y al móvil esclavizamos nuestra amistad.

Apenas hay una conversación presencial;
todas a través del móvil o de un wasap.
Hablamos con una imagen, ¿ideal o virtual,
con tanto *photo editor*, retoque, IA y chats?

Se ha olvidado el factor humano esencial.
Grabados por cámaras de seguridad,
el universo ya no es algo sideral
y lo que observamos puede no ser verdad.

Sustituimos las personas por máquinas.
Para vivir, el trabajo no compensa.
La inadaptada vejez, ya sin lágrimas,
olvidada dejamos en la despensa.

Locura brillante cuando haces conexión
con su sabiduría y conocimiento;
y contrición en sombra de desconexión,
con tu ignorancia y nuevo arrepentimiento.

Es una era de sabiduría a un clic,
en un gesto de olvido a la inteligencia;
la época del “sígueme” sin rumbo ni un tic
y del “me gusta” en frío link de ignorancia.

Época de no razonar ni de pensar,
eso lo hará nuestro ordenador y la IA.
Nos echamos en sus brazos sin descansar;
son nuestra razón, memoria y fantasía.

Vivimos tan rodeados de nuevas creencias,
que incredulidad es luz en las tinieblas.

Seguimos sin conocer las consecuencias
en las mentes adormecidas, sin reglas.

Existimos entre ilusiones y sueños,
en soledad, sin la calidad humana,
sin voces, ni ser de otras pieles sus dueños;
en vídeos lejanos con voz mundana.

Abrimos ventanas al resto del mundo
sin salir ni movernos de la habitación,
pero cerramos las puertas a ese mundo
sin darnos cuenta de nuestra contradicción.

Nos olvidamos que existir es algo más
que vivir entregados a la soledad,
pues sin trato cercano y personal detrás,
nos robará lo que queda de humanidad.

Ahora es la primavera de los mensajes
que llegan en un solo clic, al instante,
e invierno de abrazos y amor en parajes,
pues el contacto digital no es bastante.

Ninguna vida privada puede existir;
somos víctimas de nuestra imbecilidad;
hemos creado un nuevo dios llamado “emitir”;
lo que no publicas, no tiene utilidad.

Es tiempo en que todo se emite y publica;
que todo se sube, se archiva, o se borra;
que todo en nuestra vida se reivindica,
sin persistir más de un minuto sin compra.

Deseamos con fervor la difusión viral,
que en todo el mundo se sepa cuanto hacemos,
y, en lo que dura un suspiro circunstancial,
vendemos la intimidad a quien no vemos.

Poseemos todo, mas no tenemos nada;
creemos caminar derechos hasta el cielo,
y enfocamos nuestro saber en la nada,
perdida senda que destruye sin duelo.

Vemos series y películas sin pausa,
borrando la soledad de nuestras vidas;
digerimos falsas noticias sin causa,
que corren sólo un día en las redes fluidas.

Y, en la brillantez de rostros editados,
nos sentimos más solitarios que nunca;
en brevedad existencial mutilados
que, teniendo todo al alcance, nos trunca.

El mundo está en la palma de nuestra mano:
mapas, palabras y sueños, en la nube;
mas nos perdemos en concepto lejano,
porque no existe aquello que nadie sube.

Jamás existió un tiempo con más promesas
ni un tiempo en el mundo más fácil de olvidar.
Soledad e individualidad confesas,
sin ningún calor humano que validar.

EN EL LATIDO DEL MUNDO

En el murmullo susurrante del viento,
se escribe con el eco de un canto antiguo
un pulso azul y verde, que se despierta
cuando al caer el sol roza la piel del río.

La tarde, con su paleta color de oro,
colorea el borde secreto del bosque,
y el mundo, prendado de tan bello instante,
abre sus manos y recibe su esplendor.

Con avaricia, la tierra guarda historias
en escondidas raíces que nunca vemos,
allí donde sólo el silencio germina
abriéndose paso hasta llegar al cielo.

Somos hojas en un árbol vasto,
viajeros de estaciones y de tiempo,
a veces luz, a veces sombra,
siempre buscando el tesoro de su aliento.

Nosotros somos visión del mismo sueño
y nos reconoceremos en el viento:
tú, como la primavera que regresa;
yo, como el ansioso árbol que siempre espera.

Sabes que la vida se teje sin prisa,
como hacer un nido entre las ramas nuevas,
donde cada día hay un brote tímido
que aprende a sostener con vigor su fuerza.

Y cuando ese sol se abraza al horizonte,
las sombras se revisten de su eternidad,
porque en cada naturaleza del amor
tú renaces para poder encontrarte.

Tu paso es susurro al caer un pétalo
que al desprenderse desea despedirse,
pero en su caída sólo nos deja un rastro
en el que el ocaso pronuncia tu nombre.

El cielo se arrodilla con su rostro azul,
en busca de reflejarse en esos ojos
y llenarlos con su promesa de un alba
capaz de florecer incluso en la noche.

Eres como lluvia que besa la tierra
hasta conseguir despertar su memoria,
y en cada una de tus gotas se revela
un deseo sin necesitar palabras.

Y en la alocada danza de nuestro mundo,
con montes respirando y mares que sueñan,
descubriremos que todos somos parte
del mismo latido que la tierra lleva.

AMOR PURO

Cuando siento tu cercanía,
mi cuerpo brinca en armonía;
incapaz de ver otra cosa,
él vuela como mariposa.

Cuando con tus labios me dices
que dejarlo hará cicatrices,
mi tiempo se para y detiene,
y sólo mi alma se sostiene.

Cuando te miro, amada mía,
muere mi noche y nace el día,
y si me miras tú, te entrego
mi ser y amor más puro y ciego.

Si el mundo cae, lo detengo;
por ti resisto, por ti vengo.
¡Sí!, por ti resisto y mantengo
este corazón que contengo.

Te daré cuanto te pueda dar,
y también lo que no pueda dar.
Viviré para hacerte feliz,
porque sin ti, me siento infeliz.

Adapto mi fe a tu corazón
y mi alma a su latido, en unión.
Y cuando me acaricias también,
todo mi ser se ilumina a cien.

Aunque el dolor marque su escara,
yo doy mi pecho, doy la cara,
y sigo tus pasos sin miedo,
aunque tu noche me de hielo.

Mi amor necesita ir contigo,
como limosna ir al mendigo;
porque si amas a una persona,
cualquier error se le perdona.

Al sentirte conmigo y soñar,
en mí crece la forma de amar.
Te doy cada pulso que tengo
por ver en tu risa contento.

Y al sentir tu voz en mi pecho,
como protectora al acecho,
aunque la duda me desgarre,
sentir tu nombre me hace amarre.

Si me atormentas con tu llama,
te entregaré mi voz y mi alma.
Si te hieren, sangraré en vela;
si te faltan, seré tu fuerza.

Porque en tu abrazo yo descanso
y me vuelvo al mundo más manso.
Y aunque sentir tú amor me hiera,
mi fe en ti siempre persevera.

Cuando alguna sombra te alcance
haré del miedo un nuevo avance;

y si la vida te exige más,
daré mis razones y mi paz.

Porque este amor, en su latido,
rompe mis muros sin sentido.
No soy yo solo: soy tu abrazo,
tu voz que cura cada paso.

Y si la muerte me pidiera
que mi amor por ti yo probara,
marcharía firme, sin temblar,
pues morir por ti... sería amar.

LAS CAPAS DE LA CEBOLLA

En la mesa reposa, redonda y callada,
la cebolla que guarda su pecho en cristal;
cada capa es un eco de historia olvidada,
cada pliegue un secreto en alma de metal.

Yo la desnudo poco a poco, lentamente,
por si su espíritu vidrioso quiere huir.
Tras cada capa le palpita un tenue puente,
que une mi sombra con el ansia de sentir.

La deshojo despacio, por si se desvela
y le arranca a la noche fragmentos de voz;

en su piel se dibuja la huella que anhela
ser la carne que late con destino atroz.

Acaricio su piel trazando los senderos
donde todo ayer suspira en su deshojar.
Sus capas desvelan secretos verdaderos,
y en ellas el tiempo es herida al caminar.

Primero, la capa del miedo, que es delgada,
se resquebraja al mínimo aliento fatal;
es la sombra que tiembla en la puerta cerrada,
tras la que el alma sospecha de algo letal.

Es la capa del temor, frágil y vacía,
como un pájaro sin voz en temblor mortal.
Allí mi nombre descubrirá todavía
algunas razones para huir de lo vital.

La capa de la angustia, como luna rota,
desangrándose en las orillas del mantel,
con descarnada luz de un llanto que me azota
con sus látigos de tristeza en mi laurel.

Ahora la capa de dolor, grave y severa,
que nos retuerce el corazón con su rigor.
Es la máscara que hiere cuando se espera
encontrar la aguda astucia del amargor.

Luego surge la capa del sueño perdido;
su perfume es un río que quiere volver;
me recuerda que el tiempo, traidor y vencido,
abre surcos que escuecen, mas dejan crecer.

La capa del deseo, que es un hondo fuego,
un fruto que suspira por poder arder.
Su pulpa me devora sin darme sosiego
y en su sabor descubro cuál es mi deber.

La capa del amor, de la fruta encendida,
se abre en mis manos lista para renacer;
aroma que me promete nueva vida,
con una luz que es un temblor por entender.

El amor: una capa cálida y eterna,
suave pliegue que envuelve y promete calor,
aunque también, si su fragancia te gobierna,
en los ojos provoca diluvios de ardor.

En capas más internas está la desgracia,
se oculta artera tras un filo sepulcral.
Es artista del dolor con cruel eficacia,
que pule el alma en su pulso de funeral.

La desgracia, espinosa y malvada jueza,
es un muro que nadie desea encontrar;
cuando cede, revela su trágica pieza
y nos deja aprendiendo a volver a empezar.

Hallé luego el valor: corazón que no cesa,
dura capa que vibra dispuesta a brillar
con una voz que resuena en la noche aviesa
y proclama que siempre se puede avanzar.

La capa del valor semeja voz que canta,
es firme como la de un niño en su candor.

Le brotan hermosas flores en cada planta,
aunque pise senderos de puro temblor.

La fe viene después, transparente y callada,
como un hilo de luz que se quiere prender;
no se toca, mas vive en la piel desgastada
del que comprende que algo lo invita a creer.

La fe: cristal oscuro que a todos sostiene;
la sombra que me busca antes de naufragar,
que hace confiar al alma en lo que nunca tiene,
siente sin tocar y luce sin alumbrar.

Al fin, alcanzo el umbral, centro del misterio,
donde muerte allí respira un eco fiel.
Al fin comprendo, al ver su abismo quieto y serio,
que soy una cebolla errante en propia piel.

En el centro, la vida se extiende redonda
y en su pulpa descubro un latido sutil;
se abre entera a mis manos y el llanto me inunda;
no es dolor: es el mundo volviendo a surgir.

Y, al final, cuando todo termina en mis dedos
y la cebolla me ofrece su última piel,
es espejo de muerte sin gritos ni miedos,
donde entiendes que el viaje regresa a tu ser.

Mas aún queda algo, como un reflejo encendido:
la amistad que acompaña, aunque duela pelar;
es la capa que ríe cuando has malherido
y te envuelve en su abrazo dispuesto a sanar.

Descubro la amistad, la capa más sincera;
su tacto es como agua dulce en la tempestad.
Durante noches, sin abrigo alguno, espera
ser casa acogedora en plena soledad.

Así, capa por capa, la vida se entrega,
un perfume de historias que luchan por ser.
Por fin he descubierto que mi alma navega
como humilde cebolla, buscando entender.

La cebolla, con ese susurrar íntimo
que al cortarla a todos nos provoca llorar,
musicalidad tenue de sonido ínfimo
carnalidad y materia que ha de mostrar,
es sombra y desgarró, eco de un tiempo y su senda,
surrealismo irreal, duende trágico
que, capa por capa, nos quita nuestra venda
y sustituye por un mundo mágico.

LA BIBLIOTECA FANTASMA

Existe una librería fantasma,
donde se guardan nuestros pensamientos
en páginas ya grises por el tiempo,
con las letras borrosas y desvaídas.
Escribe recuerdos en su ectoplasma,
mas siempre carentes de sentimientos,

aunque sea a destiempo o contratiempo,
para nunca sanar nuestras heridas.

Biblioteca de intimismo doliente,
donde reinan la obsesión y las sombras,
con imágenes de heridas abiertas,
que nunca cierra el inclemente tiempo.
Muestra nuestra enfermedad impaciente,
buscando olvidar, dejar en penumbras
situaciones poco gratas e inciertas
que querríamos se llevara el viento.

Con crueldad, nos los relee en la mente,
variando los recuerdos a su antojo,
convirtiendo su lectura en infernal
para quien la soporta en su soledad.
También, a veces, se muestra clemente,
me deja ver la página que escojo,
para que yo alegre mi frío invernal
sin sentir ninguna piedad por mi edad.

A veces, te quema al tacto su miasma,
como un candil de huecos juramentos,
susurrando recuerdos en el viento,
que rasgan noches mudas y perdidas.
Me llama desde su rincón fantasma,
con ecos de reliquias y lamentos,
y, al límite exacto del sufrimiento,
me ofrece flores lacias ya marchitas.

Entonces sé que guarda eternamente,
más allá del perdón y de mi enojo,

la tinta de un pasado ya sepulcral,
que la biblioteca deja insepulto.
Me ata a cada recuerdo lentamente
y, al cerrar el volumen con sonrojo,
no borra en mi mente el duelo principal
sin perdonar ni conceder indulto.

Debo admitir: ¡soy parte de su tumba,
guardián y presa de esos juramentos!
Yo mismo escribo espectros y recuerdos
con sangre antigua, lúcida y vencida.
Y, al fundirme entero en su catacumba,
mis pasos hallan paz sólo en momentos,
si me someto a sus crueles acuerdos,
que, en su sombra, mi alma dejan erguida.

Cuando extinga mi pulso en la penumbra,
la librería cerrará el lamento;
no será ni castigo ni tormento,
sino umbral de una calma compartida.
Mi voz, ceniza fiel de lo que alumbra,
se queda velando el último intento:
morir, siendo leído, es mi testamento
cuando la eternidad es concedida.

LA AZOTEA DEL SUEÑO

En mi azotea del sueño crecieron peces de humo;
nadando entre la luna y las estrellas mal colgadas,
aguardaban la llegada nocturna que presumo,
la noche con su quietud de alabastro en balaustradas.

Bajé de ella cuando el mundo ardía en sus sombras lentas,
cuando el miedo y temor tenían forma de estandarte
y el cielo se partía en ríos y fuentes sedientas,
que el mundo con negra oscuridad en ellas reparte.

Cruzaban el cielo gigantes mares sin orillas;
sus nombres retumbaban con el eco de tambores;
eran mis ensueños forjados en viejas cenizas,
que despiertan en mí con conmovedores temblores.

La noche, galante, se puso su sombrero de miel
y empezó a llover todo tipo de relojes blandos;
cada segundo uno distinto, pero en cadencia fiel,
como si su caída se hubiera convertido en cardos.

Al fin, la alada noche alzó su ejército de cuervos
y habló con una voz atronadora, llena de sal,
prometiéndome resurrección y nacimientos nuevos,
como si tales promesas las leyera en un misal.

Pero, incluso allí, donde nace y muere toda aurora,
brotó una claridad minúscula, fiel y obstinada:
espada de fuego hecha de recuerdos y memoria,
con sus personajes de tragicomedia afilada.

En los tejados, los gatos hablaban con estrellas;
juraban y perjuraban haber visto al sol dormir
dentro de una taza de té, junto a unas galletas
abandonadas por dioses, para poder discutir.

Yo caminaba solo, con un bosque en los bolsillos.
Los árboles susurraban nombres que no recuerdo
y una puerta sin paredes, ni tampoco pasillos,
me invitaba a entrar dentro si firmaba un acuerdo.

Entonces desperté, y el mundo seguía soñando,
y comprendí que la realidad sólo es fantasía
que aprendió a fingir equilibrio entre las dos, pensando
que nadie vería el engaño ni su hipocresía.

SIGNIFICADO DEL AMOR

Amar no es poseer ni asegurar,
ayudar al amado sin herir;
es renunciar al otro sin quejar
y aprender a callar antes de huir.
No nace del capricho o del miedo,
sino de un respeto hondo y cuidado:
así comienza el amor sincero.

Quien ama, anda con un paso honrado,
cuidando al otro más que al deseo;
no busca posesión de lo amado

y entiende que amar es mutuo empleo.
Se entrega así, sin aguardar nada,
con generosidad del primero
y última fortaleza creada.

Recuerda que el amor verdadero
al amado ni hiere, ni miente,
ni lo usa para ser vertedero,
pues con cada traición se resiente.
Aún antes de ser correspondido,
sentimientos del otro respeta
e intentará mostrar decidido.

Y aunque hacer ridículo le inquieta,
porque ese cortejar no le guste,
lo hará feliz por estar contigo,
por mucho que el cortejo le asuste.
Este será, de su amor, testigo,
como es la satisfacción sin precio
al quitarle el hambre a un mendigo.

Paciente, sin exigir su premio,
hará del bien del otro el camino;
sabrás esperar, sin prisa, respeto,
y fe serena en ese destino.
Que amor que nace limpio y completo
no pide más que ser compartido,
y en ese dar queda ya repleto.

TEMPESTAD COSACA EN LA ESTEPA

En la planicie no hay puertas,
ni la luna tiene cara.

La nieve guarda cuchillos
bajo su sábana blanca.

Todo huele a hierba vieja,
hasta en los palacios del zar,
y un repicar de campanas
quiebra la noche en su sonar.

La estepa tiene un caudillo
que escupe contra la luna.
Blanca y sin nombre se extiende
como una yegua desnuda.
El viento oye malas lenguas
llenas de improperios sin par,
y el relincho de yeguas
rompe el rítmico cabalgar.

Cosacos cabalgan juntos
atravesando la estepa;
cargarán contra cañones
si su razón no discrepa.
Dispararán y tronarán,
asediándolos con bombas,
mientras ellos galoparán
directos hacia sus tumbas.

Húsares a su derecha,
con ulanos a su izquierda,
y los cañones al frente,
con fusileros sin cuerda.
En la boca del infierno,
como fauces de la muerte,
pero su línea abrirán,
si el valor les trae suerte.

De momento, trote en fila
con la muerte por delante.
Rostro de luna torcida,
ardiente como un pez grande.
Su paso rompe la nieve
con un llanto sin garganta
y la estepa se estremece,
como esposa que amamanta.

Marchan seguros al trote,
erguidos sobre sus sillas,
en silencio, sin un roce.
Brillan sus cinchas y hebillas,
aún sin desenfundar sables.
Alguno agita su fusta
cuando unas manos sin nombre
despiertan látigo en justa.

Con crujido seco y largo,
la nieve rompe en los cascots.
Ojos azules de alcohol,
barbas negras en penachos,
que arrastran revuelta roja

atada al puño y sus machos.
Los belfos bufan, resoplan,
porque la muerte olfatean.

Los cosacos van trotando
con sables cual relámpagos.
Los caballos se encabritan,
pues pronto el trote aletean
y al galope se lanzarán.
Se desenfundan los sables,
como inicio del ataque,
con sus gritos implacables:

¡Eh, hermanos de la estepa!
¡Eh, hermanos del invierno!,
gritan gargantas de vodka,
gritan gargantas de fuego.
La llanura se estremece
como un icono blasfemo.
Los caballos huelen muerte
antes que el hombre y el trueno.

Cruzan raudos por la estepa,
galopando hacia la muerte;
sus cascos levantan nieve,
que el viento en briznas convierte.
Avanzan como tempestad,
que arrolla cuanto acontece;
frente a ellos les aguarda
fuego y sangre que apetecen.

Trotan contra baterías
en enmudecida calma,
hasta que el fuego desaten
para poder romper su alma,
y ellos tengan que galopar,
a través del humo y balas,
brillando sables desnudos
con hojas de ardientes brasas.

La locura se les sube
desde el talón a la boca,
pero avanzan desatados
por un terror que desboca.
Los caballos ya presienten
el relámpago del plomo,
pero galopan rabiosos
con los ojos hacia el fondo.

Desde una pobre arpillera
se prepara la tempestad,
con obuses y cañones
defendiendo a su majestad.
Cañones con vientres negros,
que respiran fuego y metal.
Cada tronar los empuja
en un retroceso letal.

Desde detrás de arpillera
la tempestad se levanta:
cañones con vientres rotos
vomitan hierro y metralla.
Y al escupir retroceden

por resbalar en el hielo,
mientras, con atentas manos,
los recargan con gran celo.

La nieve estalla en heridas.
No cae, se abre y desangra.
Un cosaco pierde el pecho
como quien pierde la rama.
Otro va sin su jinete.
Otro va sin ser caballo.
Y ruedan juntos los nombres
por la llanura del daño.

Explota la nieve en flores
negras, rojas, amarillas.
Un jinete pierde el nombre
cuando su caballo estalla.
Otro corre sin caballo
y hay caballos sin jinete,
pero siguen galopando
por la llanura celeste.

La estepa bebe su sangre
con avidez inhumana.
Barro, ceniza y memoria
se mezclan en la mañana.
Hay caballos que galopan
en la silla con un muerto
y sables sueltos que cortan
en su galopar incierto.

La estepa bebe despacio
sangre y carbón con estruendo.
Hay caballos que galopan
con la silla del recuerdo.
Sables solos atraviesan
el aire como condena,
mientras otros se encomiendan
a un Dios que los encadena.

La metralla cae y reza
su rosario interminable.
Las balas siegan las barbas,
orgullo, cruces y sable.
Caen yeguas de costado
con un grito casi humano,
con los ojos muy abiertos
mirando a Dios desde el llano.

La ametralladora ruge
su canción insoportable.
Cada bala busca un padre
o un cosaco responsable.
Caen pencos de rodillas
con relincho casi humano,
y la muerte se desnuda
bajo el cielo partisano.

Pero los cosacos siguen,
siguen, siguen en sus filas.
La locura es estandarte
que les arde en las pupilas.
La ventisca de la carga

va dejando sombras rotas,
como si la estepa blanca
pariera tumbas sin bocas.

Mas ellos avanzan, siguen.
La locura los gobierna.
El estruendo del galope
cruces siembra en tierra yerma.
La estepa cierra su historia
con párpados de ceniza,
mientras la carga se alarga
como una herida infinita.

Ya se ven fusiles quietos.
Ya se oye la respiración.
Hombres grises, hombres duros,
enclavados como un pendón.
Y el grito rompe la nieve:
¡Fuego ahora!, grita la razón.
Salen los sables de su alma,
como víboras cara al sol.

Lo fusileros, inquietos,
les apuntan en línea.
Hombres duros, barbas grises,
con *ushanka* en piel ígnea,
que les disparan sin parar
la muerte que los devora.
La arpillera es agua pobre,
que ellos saltan sin demora.

Sangre a sangre. Hueso a hierro.
Caballo contra rodilla.
Un cosaco besa el filo
de una bayoneta fría.
Disparos cortan la boca.
La estepa grita en los muertos.
La muerte baila descalza
sobre carne y juramentos.

Hierro contra carne viva,
sable contra la cuchilla.
Cae un cosaco aferrado
a bayoneta que chilla.
Disparos a bocajarro.
Rodillas, dientes, blasfemias.
La muerte baila cruel danza
entre alaridos e histerias.

Pero la noche se vuelve.
La estepa muerde los flancos.
Por un lado, los húsares,
con sus sables como zancos.
Por el otro, ulanos mudos
con lanzas de luna tiesa,
clavando el cielo en riñones
de caballería presa.

La estepa es muy codiciosa.
Por un flanco llega el viento
con húsares de sable alto
brillando como un adviento.
Por el otro, ulanos rudos

con lanzas de vara recta,
con su punta en los costados
de la rebeldía inquieta.

Los sables giran al aire
y sablean artilleros,
que se tambalean yertos,
buscando a sus compañeros.
¡Adelante mis cosacos,
que el ánimo no decaiga!
Los anima fuerte un hombre
que bayoneta desraiga.

Quedan los cosacos solos,
sin maniobrar y cercados
entre el fuego y el acero,
por delante y a los lados.
No existe huida ni camino.
La nieve encierra su cielo.
La estepa apaga los ojos
para no ver su recelo.

No hay retirada posible.
No hay huida para la sangre.
La tempestad se desploma
cuando ya no queda nadie.
La heroicidad se derrumba
cuando ya ni quedan restos,
y la estepa se oscurece
con un silencio de rezos.

Cae la noche sin estrellas,
yacen los cuerpos y el metal.
Los vivos, rotos y pocos,
junto a una hoguera vital,
se agrupan buscando calor,
con tristeza de vencido,
mientras curan sus heridas
por tanto ardor perecido.

Soldados rusos vigilan,
los observan en la sombra,
con fusiles como cruces
y crueldad que a nadie asombra.
El fuego consume lento
la pobre leña en la hoguera,
que crepita en lo que dicen,
como magia de hechicera.

De pronto, una balalaika
llora madera y pasado,
que un cosaco muy gallardo
pula con dedo cansado;
la pulsa con dedos blancos,
amoratados de frío.
Su melodía es tristona
y transcurre como un río.

La canción sabe a estepa,
a vodka, a madre enterrada,
a gusto amargo, a ceniza,
a hogar y tierra cerrada,
cuando la corean lento,

como se canta a la nada,
y todos la oyen atentos
como una herida cantada.

Algunos bailan la zarda
con sombras en la cintura,
alumbrados por el fuego
como almas sin sepultura.
La derrota no los vence.
La noche no los apaga.
La estepa escucha en silencio,
y guarda su sangre amarga.

Aunque ganen los cañones,
montados sobre cureñas,
y les venza la tempestad,
con sus sables por más señas,
ninguno los podrá enterrar.
Y lo mande el zar o el azar,
en la nieve queda escrito
lo que nadie podrá borrar.

Hubo sables contra el trueno,
hubo caballos sin dueño,
y una revolución roja
galopando hacia el averno.
Quedan sables en la nieve,
queda su sangre en la estepa,
cadáveres en el suelo,
que en su derrota discrepa.

CUANDO TODO CALLA

Cayó una noche cerrada
sobre mi paso cansado,
con la fe rota, quebrada,
sin rumbo ni Dios gozado.

Caminé su oscura senda,
aunque el dolor me traicionó;
cada paso fue condena
que, con tormento, me arruinó.

Yo le alcé mi solicitud
con devoción y esperanza,
demostrando mi esclavitud,
mas Dios quedó en lontananza.

Clamé al viento mi desgracia,
grité y sollocé al vacío,
al cielo supliqué gracia
y amenacé en desafío.

Mas no hubo alguna respuesta,
sólo descargó su lluvia
con desgana manifiesta
a mis lamentos e injuria.

Y el viento, como desprecio,
se quedó en silente quietud
que apagó mi grito recio,
como réplica a mi inquietud.

Al fondo un trueno cansado
ardió con brasa secreta,
y el mundo calló a su lado,
fulminado por su saeta.

Me alcé del polvo vencido,
ajusté mi pena al valor,
hice del llanto camino
y de las heridas, furor.

Me alcé del fango despierto,
ceñí penas con coraza,
forjé un nuevo rumbo incierto,
que en mis ruinas hizo plaza.

No hablé al Dios indiferente,
ni al viento, porque huyó de mí;
lo hice al vacío existente,
que en mi ruina jamás temí.

Y hablé, no al cielo distante,
¡a mi sangre que aún latía!
Juré ser llama constante,
aunque el miedo me mordía.

Mas en la entraña del miedo
persistió un rescoldo tenaz:
si el mundo entero era hielo,
yo sería un fuego fugaz.

Y al dar mi paso en la sombra
tembló viento y noche sin fe;

mi grito rompió su losa,
que en el alba presa dejé.

Así, sin ruego ni guía,
yo forjé mi propio blasón:
del dolor nace la furia
y del silencio, una oración.

HISTORIA DE UNA MARIONETA

Danzaba la bella de rostro pintado,
sus labios de carmín fingían calor,
mas todo su cuerpo de cedro tallado
bailaba al mandato de un frío señor.

Un titiritero, oculto en lo más alto,
con sus hilos, sus movimientos guiaba,
para que ella no sufriera un sobresalto
en el tiempo que la función duraba.

Cuando sus hilos, por uso, se enredaban,
él, delicado, los desenredaba;
sus manos, cualquier defecto lo arreglaban,
para que siempre luciera encantada.

Brincaba a la luz de su teatro embrujado.
Manos, cruceta en lo alto, guiaban su andar

con sólo cuatro hilos de lino trenzado
y un simple alambre prendido a su pensar.

Se sentía la protagonista bella,
con una voz angelical prestada,
interpretando en compañía plebeya
cuentos de una teatralidad ajada.

Pavoneándose de su canto angelical,
danzaba ligera en pasos de baile,
como una cenicienta en su noche nupcial;
la bella y la bestia con su donaire.

Los hilos de lino ceñían su paso:
dos en las muñecas, dos más en los pies,
y en el pelo, cruel y de alambre, su lazo,
con la frente rendida a un yugo al bies.

Ella así maldecía y despotricaba,
con belleza afeada por el enfado,
luchando contra lo que a su cuerpo ataba,
produciéndole tan gran desagrado:

“¡Oh, hilos malditos, verdugos de mi alma,
cadenas de un sueño que quiere gritar!
Envidio la sangre que corre en la palma
de aquellos que libres pueden caminar”.

La escena la realzaba en danzas de gloria;
vestida de cuento, reina o doncella,
su voz era ajena, su gesto era historia
en cuerpo de cedro y cárcel de estrella.

Sus brazos movía con gracia divina,
sus piernas danzaban con paso fugaz;
parecía un ángel de voz cristalina,
cenicienta en ajado cuento tenaz.

Presumía del traje, canto y su vuelo,
la bella en la fiesta, la rosa en su sien,
sus sueños son cuentos de música y cielo,
odiando los hilos que marcan su bien.

Viéndolos tiranos, cadenas de viento,
odiaba y maldecía el nudo fatal,
soñando ser libre, con propio talento,
con alma y latido de carne mortal.

“Si yo fuera humana y tuviera su vida,
podría amar y olvidar el olvido;
dejar de ser marioneta consentida,
y que nadie maneje mi destino.

Vería latir mi corazón y mi alma,
y envejecería sin este odio,
regando pétalos de besos en calma
con las lágrimas de un amor custodio.

Dejaría de ser insignificante,
para ser valorada en lo que valgo;
convertirme en espectador vigilante,
sin ser actriz de reparto hidalgo”.

El titerista, agazapado en lo oscuro,
la amaba en silencio con loca pasión,

curaba sus grietas, su gesto inseguro,
desenredaba hilos con devoción.

Rendido galán, la cuidaba amoroso
y arreglaba el hilo con mimo ejemplar,
deshaciendo nudos con celo precioso,
y pronto la hacía revolotear.

Descuidada, resultaba tan perfecta,
que destronarla ninguna era capaz,
las otras la odiaban con furia secreta
y en sombras discutían su gloria y faz.

Las demás figuras, en cajas dormidas,
la envidiaban. Casi mordiendo el rencor,
decían: “¿Por qué sus miradas rendidas
se clavan en ella con tanto fervor?”.

De noche, dormidas en cajas calladas,
sus mentes rumiaban tamaño rencor:
“¿Por qué esa con seda y las uñas pintadas
recibe las flores, palmas, y su amor?”.

Mas ella soñaba romper la cadena,
volverse de carne, tener un latir,
ser dueña de pasos, de gozo y de pena,
poder en sus brazos la vida sentir.

Y, triste, suspiraba viendo a la gente:
“¡Qué bello es moverse sin dueño en la piel!
¡Dar pasos fuera de esta cárcel demente
y bailar sin que tiren de un hilo cruel!”.

Un día, su deseo, de tanto rogar,
logró que algún envidioso cumpliera:
con un filo brillante consiguió cortar
los hilos que ataban danza ligera.

Una noche oscura, la suerte fue dada:
un filo brillante cortó su prisión.
La hebra de hierro cruel cayó desgajada,
sus hilos de lino rodaron al son.

Cayó la marioneta, rota en el suelo,
su cuerpo de madera no supo alzar,
sin hilos no tuvo ni voz ni consuelo,
murió su esperanza de humana bailar.

Cayó la muñeca sin vida ni aliento,
su máscara rota besó el pedregal;
sin dueño, sin hilo, sin cielo ni aliento,
no halló movimiento, ni pudo cantar.

Su protector lloró, perdido en su rincón;
sus manos temblaron de luto y vejez,
pues nunca se figuró que aquella ilusión
viviera en marioneta sin sensatez.

El hombre que amaba su frágil madera
gritó como un padre que pierde la fe:
“¡No había alma en la forma, aunque lo quisiera,
los hilos que odiabas hacían tu ser!”.

“Ahora, en la sombra descansas olvidada,
los ojos pintados no logran llorar

y en ellos se enciende, de forma callada,
un rastro de polvo que pide bailar”.

Difunta en el cofre descansa callada,
con deseos que no puede formular,
y en sueños recuerda, perfecta y alada,
los hilos que odió y la hacían volar.

SILENCIO OMINOSO

El silencio es como un profundo abismo,
donde nuestra mente se ahoga en sí misma,
con desasosiego, hondura y cinismo,
por estar el cuerpo y el alma en cisma.

Ominoso, despierta imaginación,
la llena de quiméricos peligros,
de nervios, impaciencia, marginación
y el estruendo callado de enemigos.

Es bello hasta causar desesperación,
hasta que el tiempo nos llena de angustia,
nuestra soledad es abominación,
y el corazón poco a poco se mustia.

Como frágil eco oculto en la mente,
nos punza el alma muda e impaciente

con una angustia y terror, diferente
en su reflejo atroz e indiferente.

Es como humo que a la mente se prende;
reptante reptil en rincón oscuro
que en lento tiempo al corazón ofende,
eternizando un soplo breve y duro.

Tiene una voz, sin sonido o clemencia,
que envuelve como un manto al pensamiento;
en él, la mente pierde su coherencia
y el alma se consume con tormento.

Estruendo silencioso sin audiencia,
que oprime en dolor a cada momento
con su sombra que impulsa la impaciencia
y al alma atrapa en su sentimiento.

No hay sonido, viento, ni voz temprana,
sólo un vacío inmenso, retenido,
donde el reloj, con saña sobrehumana,
mide los pulsos del mortal vencido.

Sensación de soledad en abismo,
con horas que gotean inhumanas
en lento pulso, frágil en sí mismo,
mientras el tiempo enmudece campanas.

En el aire resuena, aunque no suene,
instante eterno que calla latidos;
la calma espesa ruge, no contiene,
y un fragor sordo enciende los sentidos.

Eco y presagio que la mente agreden
con sudor y nervios que el cuerpo siente;
y los minutos, largos, enloquecen
al corazón, que late intermitente.

El alma, en su vacío confundida,
cae en un hondo pozo de inexistencia;
sin voz que alivie, ni rumor de vida;
con su pensar que muerde la conciencia.

Y allí, en la fiebre muda del instante,
brotan los nervios, tiemblan las miradas,
la soledad se transforma triunfante
y el miedo danza en llamas desatadas.

Pronto hablo con el aire, sin respuesta,
para no fallecer con mi mutismo,
con la lengua que tiembla descompuesta
y mi pensamiento ahogado en su abismo.

“Silencio, ¡eres vil espejo sombrío!;
tu abrazar ahoga, angustia y enajena;
tu manto frío, lúgubre y vacío,
devora el juicio, engendra su condena”.

“¡Qué tedio! ¡Qué soledad tan temida!
El alma pesa más que la conciencia
y cada pensamiento es una herida
que sangra lentamente en la demencia”.

“¡Qué quietud sorda, qué mortal quebranto!
Se espesa el aire, el pecho se retuerce;

la mente, en su delirio, gime en llanto,
y el pensamiento, en círculos, se muerde”.

“Gritar quisiera a tu frío vacío;
romper tu calma para huir de tu opresión;
mas sigues con tu eco trémulo y frío,
pérfido fantasma de mi ofuscación”.

Entonces pienso, y pienso hasta dolerme;
me busco entre sombras y me aturullo;
quisiera huir de mí, no reconocirme,
mas sólo encuentro miedo en su murmullo.

Y el tiempo, vil escultor de locura,
me talla en su silencio piedra a piedra,
dejando en mí la forma más oscura
de un ser que piensa, vive y también yerra.

Y, al fin, la mente, errante, fatigada,
se inventa voces, sombras, compañía;
loca, canta a su nada imaginada,
y el silencio ríe tanta agonía.

EL MUÑECO DE NIEVE

Los copos caen despacio
sobre un jardín en silencio,
con nieve limpia en su espacio
y una blancura de aprecio.

La helada deja sellado
su manto recién bordado,
en el terreno callado
del invierno enamorado.

Al alba cruje la escarcha,
se abren puertas, grita el día;
los críos inician marcha
con frío y mucha alegría.

Amanece sobre niños
con el frío aún abrazado,
suenan risas, se hacen guiños,
y el aire queda animado.

Pies pequeños rompen marcha,
por la infancia y por el barro;
en cristal quitan escarcha
con su risa en despilfarro.

Vuelan bolas, manos rojas,
huellas torcidas, carreras;
ya no recuerdan congojas,
sólo su risa y maneras.

“¡Construyamos un muñeco!”,
propone un chiquillo en broma;
y el juego cambia con su eco
y la ilusión toma forma.

Y pronto surge el pecado,
en juego osado en la nieve,
de soñar algo creado
que su infantil alma eleve.

Una esfera grande amasan,
la asientan firme en la tierra;
ruedan, caen, se levantan,
la risa demanda guerra.

Retocan, muy concentrados,
la esfera en el suelo anclada
y entre gritos animados,
la aseguran bien plantada.

Luego, otra bola más alta,
no tan ancha, bien erguida,
dándole un aire que encanta
y parece darle vida.

Tendrá un cuerpo muy alzado,
algo deforme, artesano;
quieren verlo más formado,
que parezca más humano.

La cabeza, leve y justa,
corona el frágil milagro;

mas su esfera oscila y tiembla,
como mecido balandro.

Al final la han sujetado,
con perfil imaginado,
coronando lo logrado
con equilibrio prestado.

Entran dentro en alboroto,
vuelven fuera entusiasmados,
con sus risas de alborozo
y empujones descarados.

Corren dentro, cual leones,
regresan con botín nuevo:
zanahoria, grandes botones,
tesoros de hogar longevo.

Botones negros, prestados
de un abrigo ya olvidado,
hacen de ojos bien clavados
al silencio congelado.

Nariz roja, perfil claro,
de hortaliza rescatada;
ojos fijos, con descaro,
para cara descarnada.

Mas no basta lo soñado,
falta el gesto, falta el brazo,
y en un tiempo acelerado
saquean en corto plazo.

Las niñas prestan peineta
para la boca en un trazo,
con su sonrisa secreta,
que los invita al abrazo.

La peineta es sacrificio
del cajón siempre cerrado,
hace boca, leve indicio
de un sonreír dibujado.

Pero aún falta, aún no les basta,
la obra pide más sueños.
Entran como una ráfaga
por escobas muy risueños.

Rebuscan por los cajones
pañuelo, canicas, cinto,
algún musgo en los arcones
y hasta un sombrero muy pinto.

Con escobas montan brazos,
bufanda al cuello lo abriga
y oculta la unión y el trazo
que hay entre cuerpo y barriga.

Brazos largos, desgarrados,
le dan aire descuidado
y, para evitar cuidados,
pañuelo al cuello anudado.

Cinturón del padre obeso,
viejo, roto y resignado,

le ciñe el talle travieso
con un lujo desmedrado.

Musgo oscuro por cabello,
de un belén en el recuerdo,
parece un pelo muy bello
bajo un gorro por atuendo.

Canicas de brillo extraño
en el torso han colocado,
sobre el pecho, para engaño
de latido imaginado.

Las diminutas canicas
prenden botones al pecho,
como tumbadas barricas
en un muñeco maltrecho.

Ya completo, venerado,
se detienen a mirarlo:
un milagro improvisado
para todos admirarlo.

Callan. Lo miran. Se saben
creadores por un segundo.
Él aguarda a que lo graben
muy quieto y digno en su mundo.

Prenden fuego a un hornillo,
para el frío ya cansado;
bailan rito en torbellino
alrededor del creado.

Se mueven a su alrededor
en danza tribal y torpe,
mas el hornillo, que es actor,
quema su infancia de golpe.

Pero el sol, lento y dorado,
va besando lo sagrado,
y el calor, aliado al lado,
cobra precio inesperado.

Aunque es muy lento el castigo,
comienza a tocar la forma;
su calor, simple mendigo,
también destruye por norma.

Su nariz está en el suelo,
rueda buscando sendero;
los ojos, con desconsuelo,
se caen en su babero.

Un palo cae al costado,
como un sueño mal cuidado;
los ojos, caídos al lado,
buscan regazo asignado.

La boca queda clavada
en la base que se hunde,
con canica refugiada
donde el torso se confunde.

La peineta ya está hincada
en un suelo naufragado;

las canicas, agotadas,
en su regazo han quedado.

El cinturón sobra ahora,
baila sucio y destensado;
el sombrero ya no explora,
cabecea derrotado.

Oscila y se tambalea,
como promesa sin fuerza,
en una torpe pelea
por mantener la cabeza.

Los brazos yacen vencidos
en el suelo abandonados;
ya no hay rito ni alaridos,
sólo un baile cancelado.

Ya no miran, ya no esperan,
ya no bailan ni sonríen;
sus miradas desesperan
al ver lo que no conciben.

Lo que han creado ya es memoria,
sin darle nombre y recuerdo;
ya no es nieve: es una historia
de risas sin un acuerdo.

Ya no hay risas ni alboroto,
la niña llora en un eco;
cuanto más llanto y más roto,
antes se muere el muñeco.

Ella solloza despacio
en su mundo aquejumbado,
y el muñeco, sin espacio,
se derrite acelerado.

Se borra el gesto, la altura,
la figura se deshace;
queda un montón sin albura
en charco frío que nace.

Pierde forma, nombre olvida,
queda en charco y resto vago,
como todo lo que en vida
nos creímos firme y sagrado.

Pues la vida se nos muestra
cuando el tiempo nos alcanza
y lo eterno se trastoca
y se pesa en la balanza.

Nuestros sueños, como nieve,
piden manos, fe y cuidado;
pero cada hora es muy breve
y se convierte en pasado.

Amamos, perdemos nombres,
crecemos dejando restos,
la niñez nos cambia en hombres,
sin hacernos más honestos.

El niño no tiene doblez,
pero el adulto la aprende,

mas, cuando llega la vejez,
de su doblez se desprende.

Este poema representa
lo que existir nos enseña:
nace, crece, vive, inventa,
y al morir deja reseña.

La niñez: breve nevada;
nuestros gozos: lo anhelado,
se disuelven en la nada
de un día siempre soñado.

La alegría, la esperanza,
la rabia, el llanto, el deseo,
bailan una breve danza
mientras nos dure el paseo.

Y aun sabiendo el desenlace,
nos volvemos a construir,
porque amar hace muñecos,
aunque sepa que han de morir.

Así pasa a lo que amamos,
así el tiempo nos ha hablado:
todo sueño que abrazamos
se queda al final licuado.

Somos niños alrededor
de un deseo modelado,
bailando en el calor traidor
de lo que será pasado.

Y al final queda el silencio,
un brillo, un suelo mojado:
vida breve, mismo precio,
muñeco, sol y fracaso.

TIC TAC INSOMNE

Tic-tac, tic-tac; siempre ese tic-tac, tic-tac.
El péndulo oscila en un metrónomo,
resaca de una borrachera de coñac,
que golpea con derretido plomo.

El tiempo late, pulsa el viejo reloj,
su tictac abre abismos invisibles,
como dictador que dicta con su voz
órdenes negras, hondas e imposibles.

Resuena nítido el tictac del reloj
golpeando en un tambor de pesadilla,
constante eco negro que me muerde atroz,
y a su compás mi mente se arrodilla.

Repica en la sombra el fúnebre tictac;
quiebra mi cráneo y lo hiere sin perdón;
el pulso ardiendo late y se vuelve crac,
y ahoga la atmósfera en turbia confusión.

Ritmo continuo, eterno tictac, que arde
y entierra en sus muros de ansiedad mortal.
Mis venas gimen, haciendo un alarde,
y mi mundo ruge en eco sepulcral.

Me clava en las sienes su tictac lento,
como un gusano que avanza en mi razón,
plaga mi ser de sombras y tormento,
y agranda el miedo, repleto de obsesión.

Mis nervios sufren con su tictac hondo;
las uñas arañan carne y soledad;
el cuarto es como un calabozo hediondo,
donde me aplasta el peso de la verdad.

En el aire, su eterno tictac sella;
los pensamientos respiran soledad;
se cierra el mundo en fúnebre centella;
y mi pecho se quema en muda ansiedad.

Monótono, insiste con su tictac cruel,
con su martilleo, rítmico e infernal,
la mente grita perdida en su tropel,
y se quiebra en gritos de locura astral.

Tic-tac, golpea al cuarto como una coz;
machaque oscuro sobre altar maldito,
despertando un coro fúnebre en su voz,
que invoca abismos desde el infinito.

Mi mente tiembla al golpe seco del tic,
retumba dentro con su tac de tambor;

cuela en vena su pulso fúnebre y gris,
desgarrando al alma con sordo clamor.

Ya no es tambor: es rito del vacío;
convoca astros de fuego y de silencio;
me arrastra al centro de un terror sombrío,
y soy su huésped, mártir sin consenso.

En círculos me sigue el tic tac duro;
no existe la huida, ni hay un rincón de paz;
me atrapa el eco en vértigo seguro,
con mente que gira y nada deja atrás.

Se ahoga el sueño; sólo su tictac manda;
monótono suena y hiere sin cesar.
La noche entera es voz que se desbanda,
y mi pensamiento empieza a naufragar.

Se quiebra el aire en círculos de fuego;
se enciende el rito en sombras desveladas;
los ojos queman, tiemblan sin sosiego;
las venas cantan notas desgarradas.

El ojo llora, el párpado se quiebra;
mi sombra gira en el borde del colchón;
la sangre late y cruje como piedra;
cada segundo me hiere el corazón.

Ruge el reloj cual fiera desatada;
su ritmo clava sus garras en mi sien;
me arrastra al pozo, boca desolada,
y seré su esclavo, siempre, hasta el desdén.

Tic-tac; es como un dios en sacrificio;
devora el alma con redoble letal,
y con su ritmo, pacto de artificio,
me ofrece en ritual a su trono infernal.

Arena en los ojos, niebla en la visión,
la sombra danza en torno al lecho helado,
cada latido me hiere el corazón
y hunde fiero su cuchillo afilado.

Suena su tictac cual bestia sin piedad;
su marcha arrastra cráneos al abismo;
me acecha con su eco, juez de eternidad,
y soy su presa, prisionero en mí mismo.

En la noche, su vil tictac retumba,
cerrando las puertas de mi libertad,
y en su cadencia mi razón se esfuma,
dejándome a solas con la eternidad.

Maldito es ese eterno tictac fiero
que rompe, hiere, quema y nunca se va;
me vuelve sombra, espejo del entierro,
tirana obsesión que nunca cesará.

EL BARCO OXIDADO

Viejo barco de óxido, solo y varado,
con la quilla llena de sal y de coral
y la panza de recuerdos con ronza
duerme en dársena de poco calado.

Varado en puerto de aliento marinero,
repleto de redes y pez pasajero,
recuerda el viento fiel, la mar, el lucero,
cuando volvía repleto al varadero.

Sueña con mareas, luna vieja y fanal,
cuando volvía al alba, vivo y cargado;
risas dispuestas a inundar el mercado
y las redes repletas de pesca brutal.

Hoy es trampa oscura, pasto de alimañas;
su costado cruje en un sueño vencido
por pasarela de madero podrido,
que usan para llegar hasta sus entrañas.

En su panza, un hueco de sombras y engaños
para jugar al escondite o maltratos:
reino compartido, pero siempre a ratos,
que los niños recorren con sus apaños.

Mira llegar barcos de pulso viviente,
derramar su cosecha de espuma y carbón;
la lonja los reclama con voz de pregón,
y él queda atrás, anclado, solo y doliente.

Envidia el amarrar de otros todavía,
bajar con risas su plata palpitante,
que el capitán exige en voz apremiante.
Mas se queda solo, anclado en la agonía.

Se tienden las redes cansadas de pescar,
manos de mujeres cosen su reflejo;
los hombres van al vino, al trato, al bar viejo,
y el barco guarda el día sin poder zarpar.

Recogen las redes cosidas con amor
y el barco suspira con recuerdo añejo.
Ya no hay risas, sólo un vacío pellejo,
que el mar canta y mece como un simple rumor.

ÍNDICE

Oda a las luces y sombras.....	7
Balada del soldado perdido en la nieve.....	10
Escalada y vida.....	21
Oración de un gazatí.....	24
Llanto en la franja de Gaza.....	25
Partida de ajedrez maldita.....	38
El susurro del féretro.....	42
Letanía de un condenado a muerte.....	43
La muralla y la ciudad aislada.....	49
Peste en ciudad amurallada.....	53
Insomnio.....	59
Susurros en la penumbra.....	61
El bufón.....	66
Deshojando una flor.....	77
La joven del valle.....	78
Sombrío romance perdido.....	84
La tragicómica vida de Don Cascarría y Doña Extravaganza.....	86
Balada del glotón fondón.....	92
El muñeco de cuerda.....	95
La época de Internet.....	99

En el latido del mundo.....	103
Amor puro.....	105
Las capas de la cebolla.....	107
La biblioteca fantasma.....	111
La azotea del sueño.....	114
Significado del amor.....	115
Tempestad cosaca en la estepa.....	117
Cuando todo calla.....	128
Historia de una marioneta.....	130
Silencio ominoso.....	135
El muñeco de nieve.....	139
Tic tac insomne.....	148
El barco oxidado.....	152

Nacido en Madrid en 1947, A. Montefer dice ser “imaginativo, introvertido, impulsivo y visceral” y se define como “un actor con mil caras en público y camaleón en cualquier situación”.

Como escritor, prefiere permanecer “confundido entre la masa”, para salvaguardar su intimidad y que sólo se conozca su obra, compuesta por una saga titulada EL MUNDO EL DESNUDO (*La semilla del odio, La siembra del odio, La germinación del odio y La cosecha del odio*), un auto sacramental, varias obras menores y otros tres poemarios: PIRUETAS POÉTICAS, MÁS PIRUETAS POÉTICAS, JUVENTUD Y VEJEZ y EMBRIAGUEZ POÉTICA.

Para definir LUCES Y SOMBRAS, el autor escribe:

*¡Oh luces altaneras, ciegos soles!,
herederas del trueno y relámpago,
que os giráis como los girasoles;
soberbio ojo vigilante y vástago,
que da al mundo fulgor y desatino,
con vana fe de orfebre peregrino.*

*Vestís de oro los vicios y los roles.
¿No sabéis que la verdad se esconde
bajo un manto de penumbra en crisoles?
¿Qué verdad buscáis si no os responde?
¿Qué sabéis del misterio que condena
la claridad que miente y que envenena?*